

Juan Torres López



Ganas de escribir en 2016



Artículos de opinión y divulgación publicados a lo largo del año

Edición del autor, libre y regalada (que no gratuita pues, aunque a veces no tengan precio, los productos culturales siempre tienen valor y coste por el trabajo y los materiales que son necesarios para producirlos)

www.juantorreslopez.com

Índice

Una propuesta para acabar con los déficits públicos y la deuda de los estados sin apenas pagar impuestos	3
Podemos, entre ataques ajenos y errores propios	5
Lo que hay detrás de la ingente deuda pública de Europa	8
Sobre el desprecio al Rey y a otras instituciones	10
¿Para qué sirven los sindicatos?	11
Otra vez con la mentira de que bajar salarios creará empleo. Ahora el BBVA	13
¿Hay alternativas o no hay alternativas?.....	16
Podemos no es quien ha enloquecido en España.....	19
Reflexiones rápidas sobre el Brexit.....	22
26J: El fin de la burbuja Podemos.....	24
Europa se equivoca (y Alemania más). Pero España tampoco lo hace bien.....	28
¿Para qué pensar si se puede embestir?.....	32
Para reactivar la economía, emplear a más mujeres.....	35
Los retos de las izquierdas	37
Tipos de interés negativos o finanzas que andan de cabeza.....	40
Europa empieza a dar asco	44
Sobre la moneda de Barcelona: crítica a los hipercríticos	46
Banco de España: ¿incompetencia o corrupción?.....	50
Mi opinión sobre Cataluña	52
El pasado mañana de Estados Unidos.....	53
Terapia contra la corrupción	55
Los mitos económicos que impiden a los gobiernos gobernar.....	58

Una propuesta para acabar con los déficits públicos y la deuda de los estados sin apenas pagar impuestos

Los grandes medios de comunicación solo se suelen hacer eco de los dos o tres candidatos presidenciales que tienen el apoyo de los poderes económicos y financieros de Estados Unidos. Pero cuando se celebran allí elecciones suelen presentarse también otros candidatos a veces con propuestas realmente interesantes, como ahora ocurre con Scott Smiths. En su página web (que puede verse aquí) hace una propuesta tan fácil como efectiva y revolucionaria para evitar que el gobierno siga generando déficits multimillonarios y una deuda que aumenta cada año sin necesidad de que las empresas y personas física sigan pagando impuestos para financiarlos.

La idea, expuesta de la manera más sencilla es la siguiente, tal y como él la expone en su web.

El presupuesto federal de Estados Unidos es de 3,9 billones (españoles, es decir, millones de millones) de dólares.

La renta personal en Estados Unidos es de unos 15 billones de dólares, de modo que tratar de financiar con ella los 3,9 billones del presupuesto obliga a establecer altos impuestos o a incurrir en grandes déficits.

La solución de Smith es la que muchos economistas y asociaciones cívicas como ATTAC venimos proponiendo desde hace años: establecer una tasa sobre una parte de la economía que hasta ahora está prácticamente exenta de cualquier tipo de gravamen, las transacciones financieras.

Las cuentas de Scott Smith para Estados Unidos son muy sencillas.

Según las estadísticas internacionales, el volumen de transacciones financieras de la economía estadounidense era de 4.456 billones de dólares en 2013 (sería fácil demostrar que en realidad es mayor, porque esas cifras suelen estar infravaloradas, pero podemos dejar las cosas así).

Eso significa, por tanto, que para financiar los 3,9 billones del gasto presupuestario haría falta exactamente el 0,0875% del total de las transacciones financieras (esa es la proporción que 3,9 billones representa de 4.456 billones). Es decir, que (redondeando) con una simple tasa del 0,1% sobre todas las transacciones financieras ya no sería necesario que ni las personas ni las empresas pagaran impuestos para financiar el gasto público (compárese ese 0,1% con el porcentaje que cada uno de ustedes paga de impuestos sobre su renta).

Lógicamente, esta misma propuesta se podría aplicar en Europa, en España y para el mundo en su conjunto y su efecto sería inmediato y de una eficacia impresionante. Valgan tres de ejemplos.

– El stock de deuda pública actual en todo el mundo es de 58 billones de dólares.

– El gasto público mundial anual es de unos 20 billones de dólares.

– La financiación establecida en la reciente cumbre de París para hacer frente al cambio climático fue de 100.000 millones de dólares al año.

Por otro lado, de los datos del Banco Internacional de Pagos se deduce, según una estimación bastante conservadora, que el volumen total de transacciones financieras en el mundo es de unos 11.000 billones de dólares.

Eso quiere decir que:

a) Toda la deuda acumulada en el mundo se financiaría con una tasa única (un solo año) del 0,5% del total las transacciones financieras (58 billones/11.000 billones x 100).

b) El gasto público mundial se financiaría con una tasa anual del 0,2% de todas las transacciones financieras (20 billones/11.000 billones x 100) y prácticamente ya no haría falta ningún otro impuesto.

c) La lucha contra el cambio climático se podría financiar anualmente con una tasa del 0,0001% del total de las transacciones financieras internacionales.

Naturalmente, establecer en todo el mundo una tasa de este tipo y sobre una base amplia de las transacciones financieras conlleva complicaciones pero desde luego no mayores que las que implica mantener los sistemas fiscales actuales en todos los países. Además, con ella se ahorraría mucho dinero en personal y en gastos de administración, y nadie podría decir que se está estableciendo una medida confiscatoria o ni siquiera que atente contra el funcionamiento del sistema. Hablamos de un porcentaje verdaderamente ridículo.

¿Por qué no se adopta entonces? El candidato a la presidencia de Estados Unidos Scott Smiths dice que es porque hacemos frente a problemas del siglo XXI con instrumentos del siglo XIX. Lleva razón, pero yo creo que también se rechaza porque los poderosos que gobiernan el mundo no quieren ceder ni un céntimo. Lo quieren todo. Y también porque, en realidad, lo que les preocupa no es que haya más o menos impuestos sino que, gracias a la fórmula que acabo de explicar todos los seres humanos pudieran ejercer sus derechos, informarse, estudiar y conocer, el mundo sin ser esclavas día a día de la necesidad.

En cualquier caso, que nadie se confunda. La propuesta que acabo de hacer muestra que los problemas de déficits y deuda pública gigantescos que tienen las economías no se solucionan porque no se quiere pero eso no quiere decir que, incluso si se resolviesen por la forma que propongo, estuviese ya todo solucionado. Seguiría habiendo una predominio letal de la actividad financiera que antes o después acaba con la creación de riqueza que satisface nuestras necesidades y quedaría pendiente resolver otros muchos problemas. Sobre todo el fundamental de cómo generar los ingresos básicos para poder organizar la vida económica sin provocar los desequilibrios e injusticias que ahora hay. Y hay que tener en cuenta, además, que los impuestos no son útiles solo para recaudar sino también para redistribuir la renta y la riqueza y para incentivar o desincentivar determinadas actividades. Pero de eso hablaremos otro día.

Podemos, entre ataques ajenos y errores propios

Publicado en Público.es el 4 de marzo de 2016

Desde que apareció en la escena política, Podemos en general y sus dirigentes en particular han sufrido los ataques más fuertes que se han registrado en la historia de nuestra joven democracia.

Para evitar su ascenso se ha recurrido al insulto y la descalificación e incluso a mentiras y calumnias. Multitud de periodistas y medios han constituido una especie de legión dedicada en cuerpo y alma a combatir y descalificar sus propuestas, pasando sin solución de continuidad de la crítica política a los más crueles ataques personales.

Nunca se había visto algo así en nuestra vida política pero en cierta medida era previsible que haya sucedido.

Ya no se puede seguir disimulando la corrupción y los privilegios vergonzosos e ilegítimos de los que disfrutaban los más poderosos del reino, desde Don Juan Carlos de Borbón y su familia hacia abajo, y a todos ellos entró el pánico cuando pensaron en la simple posibilidad de que unos advenedizos no solo pudieran llegar a gobernar sino a disponer de información sobre lo que hacen con España y con el dinero de los españoles detrás de la tramoya y de sus grandes declaraciones de amor a la Patria.

Los bancos, las grandes empresas, las familias “de siempre”, muchos políticos e incluso partidos casi en su totalidad (como vemos que está pasando con las tramas urdidas por el PP en Valencia o Madrid) llevan años y años apropiándose a su antojo del Estado y de sus instituciones en beneficio propio. Y para salvaguardar sus intereses han tejido una red numerosa y tupida de “empleados” a quienes mantienen a base de las sobras que les deja su pillaje. Estos últimos (políticos que cobran complementos millonarios, periodistas, economistas...) son los encargados de elaborar el discurso social que oculta y legitima el estado de saqueo en el que vivimos, tirándose al cuello, si hace falta, de quien ose poner todo eso en cuestión. Los periodistas que acaba de descubrirse que están en cuantiosa nómina de El Corte Inglés o los sueldos millonarios que cobran otros en diferentes medios de comunicación de la derecha o la Iglesia son buena prueba de lo que digo.

Podemos no es sino una expresión de la indignación social cada día más generalizada ante todo esto y si no hubiera nacido de la mano de Pablo Iglesias lo hubiera hecho de la de cualquier otra persona o con otro nombre porque ya no se puede seguir aguantando lo que estamos viviendo, los escándalos de cada día, la corrupción galopante y una institucionalidad nacida de los consensos de la Transición que (nos guste o no) ya no da más de sí y se viene abajo.

Es normal que en este ambiente Podemos no haya podido construir con sosiego su discurso ni definir y asumir con suficiente serenidad la ética y la estética con la que se presenta a la sociedad. La vorágine de los hechos le ha obligado a improvisar y los ataques constantes y tantas veces tan injustos han debido someter a sus dirigentes a un acorralamiento abrasivo que impide pensar bien y hacer política “normal”, y mucho más en condiciones tan excepcionales como las que vive España.

Creo, por tanto, que es injusto culpar a Podemos de todo lo que pueda estar haciendo mal o hacer responsables solo a sus dirigentes de sus fallos o ni siquiera de tantas contradicciones y pasos en falso como han dado (y que incluso algunos de ellos han reconocido en público). El medio ambiente que a propósito le han creado los grandes poderes financieros y mediáticos al sentirse asustados con su sola presencia posiblemente esté siendo tan responsable o más de la imagen (buena o mala, según se mire) y de la actuación con las que se presenta Podemos ante la sociedad.

Pero dicho eso, creo que no se puede obviar la parte de responsabilidad propia y los errores que a mi juicio pueden hacer que Podemos entre en barrena y frustre la confianza que ha recibido de millones de personas y votantes.

La presión ambiental, el acoso, las mentiras y los ataques antidemocráticos que día a día reciben Pablo Iglesias y sus compañeros no van a desaparecer porque forman parte de la idiosincrasia y del modo habitual de actuar de unos grupos de poder que siempre han creído que España es suya. Recuérdese lo que decían cuando el Partido Comunista trataba de abrirse paso, con todo derecho, en la democracia que nació tras la muerte de Franco y lo que hicieron para evitar que fuera influyente. O los ataques que dedicaban a los socialistas que se disponían a gobernar España de la mano de Felipe González con una mayoría electoral nunca antes registrada. Son los mismos grupos que llegaron a decir que Rodríguez Zapatero era nada más y nada menos que cómplice de ETA o que ahora dicen que si hubiera un gobierno de cambio progresista España se hundirá en la miseria.

Pero, a mi juicio, el principal problema que está empezando a tener Podemos ya no es ese clima sino su propio comportamiento que lo reaviva y que no contribuye crear condiciones más favorables para que surja y se consolide la nueva forma de hacer política que en España se necesita tanto como el aire que respiramos.

La trampa en la que cae Podemos es responder a la prepotencia del poder oligárquico con arrogancia y chulería; a los continuos intentos que se hacen para excluir su disidencia con un discurso frentista que le separa de las grandes mayorías sociales. Su error fatal, creo yo, es hacer del lenguaje político una variación del espectáculo televisivo, una provocación constante y no ser consciente de cómo es y qué desea la inmensa mayoría de la gente común de España, a quien (según me parece a mí) no le va tanta bronca, ni el macarrismo, ni las faltas de respeto a los demás o a las formas más elementales de convivencia formal entre personas educadas. Se equivoca a mi juicio Podemos haciendo una interpretación masculina, agresiva, competitiva y tacticista de la política. Se equivoca cuando vocifera en lugar de susurrar y cuando agrede en lugar de extender la mano; cuando, en vez de ayudar a que se acerquen las gentes, abre tan drásticamente un surco insuperable entre “ellos”, los buenos, y los demás, porque la sociedad es mucho más compleja y porque la casta (que existe) no es, sin embargo, todo lo que a Podemos le parece casta solo porque no es como Podemos. Podemos se equivoca en esta fase de negociación con su baile de ahora me siento, ahora me levanto, al renunciar a la estrategia y a los principios a cada instante o, al menos, cuando los pone tan a buen recaudo que parece que no los tiene. Se equivoca cuando en momentos de tanta agresión concentra todo lo que puede el poder interno y renuncia al abrazo de quienes quisieran estar al lado de sus dirigentes para animarlos, ayudarles y decirles al oído que sí se puede pero que, en realidad, solo se puede si lo intentamos todos y no solo unos cuantos ungidos de luz, poder personal y oportunismo.

Por último, me temo que Podemos, que hasta ahora ha dado muestras de haber sabido “leer” a la perfección los deseos de un gran número de españoles hartos de la corrupción y del bipartidismo que la amparaba, se confunde en la lectura más reciente de lo ocurrido en las últimas elecciones.

Tras el 20D, nadie puede imponer nada en el mapa político. Primero, porque aritméticamente no es posible, y segundo porque es cada vez más evidente que la gente común desea otro modo de hacer política, de ser político y de estar en la política. Y todo esto último no solo consiste en hacer demagogia con los sueldos, con los coches oficiales o con los recibos de unos cuantos taxis, ni en creer que la gente común solo es la que comúnmente hay en Podemos. Consiste en hablar de otro modo, en tener empatía incluso con quien no piensa

como tú, en saber negociar y pactar con el contrario cediendo a veces, en construir sociedad y bienestar también con quien está en las antípodas de tu pensamiento (los viejos del lugar dirían con razón que no otra cosa es la lucha de clases, esa que dicen que ya ha desaparecido).

Podemos se está equivocando fatalmente porque actúa como si la correlación de fuerzas fuera otra de la que realmente existe. Con la que ha surgido del resultado electoral no es posible imponer la estrategia maximalista que Podemos se empeña en imponer, de modo que su comportamiento o es inútil o no tiene (como yo creo que le está pasando) credibilidad alguna (es muy difícil creer que quiere o puede llegar a acuerdos con otra parte quien le pone condiciones imposibles, quien no está dispuesto a renunciar a algo mientras que le exige a la contraparte que renuncie a mucho, o quien agrede sin necesidad y en el peor momento a quien le propone ser socio).

Y la consecuencia de apostar por esa estrategia maximalista es que Podemos no aprovecha la poderosa capacidad de negociación de la que dispone. De momento, no ha sido capaz de lograr que en los pactos que hay sobre la mesa se mejoren las propuestas sobre bienestar de millones de personas o de regeneración democrática y se eliminen las que suponen un paso atrás en este sentido. Y corre el riesgo de terminar convirtiéndose, como ya le ocurre en Andalucía, en una especie de fuerza política “de segunda división”.

Las grandes palabras y los gestos y declaraciones rimbombantes se las lleva el viento. Lo que queda y lo que hace que una fuerza política se perciba por la ciudadanía como un auténtico motor del cambio social y del progreso histórico es su contribución efectiva a lograr mejores condiciones laborales, económicas y políticas en cada coyuntura y en correlaciones de fuerzas que no siempre son las favorables o deseadas. A veces, como puede suceder ahora, las estrategias de máximos pueden dar mínimos resultados y las apuestas minimalistas son las que proporcionan el máximo y mejor resultado de todos los posibles.

Podemos es ya un proyecto demasiado importante como para que se vaya por la borda por mor de bravuconerías y arrogancia.

Lo que hay detrás de la ingente deuda pública de Europa

Abril de 2016

La oficina de estadística europea, Eurostat, acaba de publicar los datos oficiales de las finanzas gubernamentales de 2015 que, como en años anteriores, pueden servir para mostrar lo que hay oculto detrás de la cifra gigantesca de deuda pública que se va acumulando en Europa.

Según los últimos datos publicados, la deuda pública de los 28 gobiernos de la Unión Europea asciende a 12,44 billones de euros (lo que supone el 85,2% de su PIB) y la de los 19 de la Eurozona suma 9,44 billones (el 90% del PIB).

Entre los diferentes países destacan la deuda pública de Italia que es de 2,17 billones de euros (132,7% PIB), la de Alemania (2,15 billones de euros, 71,2% PIB), la de Francia (2,09 billones, 96% PIB), y la de España (1,07 billones, 99,2% PIB) y, fuera del euro, la del Reino Unido (2,26 billones, 89,2% PIB).

Estas cifras abultadísimas son las que se utilizan para mostrar que se está alcanzando un nivel insostenible de deuda pública que obliga a hacer recortes que se aplican sobre todo en gastos sociales de la mano de las mal llamadas políticas de austeridad. Unas políticas justificadas por la alta deuda pero que, como es lógico que ocurra al reducir el dinamismo de las economías, lo que han hecho es que haya más deuda pública ahora que cuando comenzaron a aplicarse. Concretamente, en 2015 había 5 billones más de deuda pública que en 2007 y 2,4 billones más que en 2010.

Pero los comentaristas oficiales y los economistas neoliberales no suelen mencionar con semejante preocupación lo que hay detrás de esta deuda pública que alcanza niveles tan elevadísimos. Y más concretamente, apenas hablan de la impresionante factura que suponen los pagos por intereses que tienen que realizar los gobiernos al estar financiados por los mercados y no por un banco central que actúe como tal y preste a los gobiernos.

Los 28 estados de la Unión pagaron en 2015 en su conjunto 335.347 millones de euros en concepto de intereses y los 19 de la Eurozona 250.775 millones.

Desde 1995 a finales de 2015 entre todos los países de la Unión Europea han pagado 7,18 billones de euros en intereses y los 19 de la Eurozona 5,7 billones de euros.

Deuda pública y pago de intereses en la UE, en la Eurozona y en diversos países europeos

Pais	Deuda Pública 2015 (millones €)	Incremento Deuda pública 1995-2015 (millones €)	Intereses pagados 1995-2015 (millones €)	% intereses sobre incremento Deuda Pública 1995-2015	% de Intereses 1995-2015 sobre Deuda Pública 2015	% Deuda Pública sobre PIB de 2015 con intereses	% Deuda Pública sobre PIB sin los intereses 1995-2015
Eurozona (19)	9.440.246,0	5.371.042,4	5.710.310,6	106,3	60,5	89,9	35,5
Bélgica	434.186,4	146.211,2	316.925,5	216,7	73,0	106,0	28,6
Alemania	2.152.942,9	1.072.298,6	1.333.339,7	124,34	61,9	71,2	27,1
Grecia	311.452,0	210.699,2	212.826,3	101,01	68,3	176,9	56,0
España	1.072.183,0	776.579,3	476.584,2	61,37	44,4	99,2	55,1
Francia	2.097.102,5	1.400.812,0	975.708,9	69,65	46,5	96,0	51,3
Italia	2.171.671,3	1.101.099,6	1.654.333,4	150,24	76,2	132,7	31,6
Holanda	441.664,0	192.953,5	270.208,5	140,04	61,2	65,1	25,3
Austria	290.716,3	166.317,6	166.882,7	100,34	57,4	86,2	36,7
Portugal	231.344,6	178.380,9	111.043,4	62,25	48,0	129,0	67,1
Finlandia	130.746,0	74.219,5	65.037,1	87,63	49,7	63,1	31,7
Suecia	196.392,5	44.920,4	136.666,4	304,24	69,6	44,2	13,4
Reino Unido	2.265.800,1	1.819.356,3	697.267,0	38,32	30,8	89,2	61,1

Fuente: Eurostat

Eso significa que por cada 100 euros de deuda pública acumulada en el conjunto de la UE (28) hasta finales de 2015 más de la mitad, exactamente 57,6 euros, corresponden a intereses. Y en la Eurozona, esa proporción es de 60,5 euros de intereses por cada 100 de deuda pública en 2015.

Los diferentes países se mueven más o menos en esas mismas magnitudes como se puede ver en el cuadro que se acompaña.

En Italia, el 76,2% de la deuda actual se debe a intereses y éstos representan el 150,2% del incremento que tuvo su deuda pública entre 1995 y 2015.

En España, el pago de intereses representa el 44,4% de nuestra deuda pública total a finales de 2015, y desde 1995 a 2015 hemos pagado intereses que representan el 61,37% del incremento de deuda pública entre esos años.

La situación se podría calificar simplemente como surrealista, como un completo absurdo si no fuera porque en realidad hay una razón poderosa que explican su por qué: llenar sin límite el bolsillo de los banqueros.

Digo que engordar la deuda pública a base de pagar intereses es absurdo porque los gobiernos podrían financiarse lo mismo que el Banco Central Europeo financia a los bancos privados, prácticamente sin coste alguno, al 0%.

En el cuadro se puede ver que la deuda que tendrían los gobiernos si se actuara así sería mucho menor que la que hasta ahora se ha acumulado. En España, si no hubiera que pagar intereses, nuestra deuda pública no sería del 99,1% del PIB de finales de 2015 sino del 55%. En el conjunto de la Eurozona en lugar del 89,9% del PIB sería del 35,5% y exactamente ocurriría en el resto de los países.

Pagar toda esta ingente cantidad de dinero a los bancos privados es innecesario y completamente absurdo porque, en contra de lo que la gente cree por culpa de las mentiras de muchos economistas y políticos, los bancos no tienen que renunciar a nada para financiar a los gobiernos ni han de disponer previamente el dinero para prestárselo: simplemente lo crean de la nada, lo mismo que hacen cuando prestan a empresas o individuos particulares, y para colmo manipulando a sus anchas, junto a los fondos de inversión, los tipos de interés a los que financian (Una explicación más detallada de cómo crean el dinero los bancos en Los intereses de los préstamos bancarios: ¿qué justificación tienen y por qué no deberíamos pagarlos?).

Precisamente porque el dinero con el que los bancos centrales financian a bancos privados o a los gobiernos viene de la nada es por lo que puede prestarse (como ahora hacen muchos bancos centrales) prácticamente sin interés.

Los economistas neoliberales dicen que eso no podrían ser así porque se desencadenaría una inflación gigantesca dado que los gobiernos pedirían prestado sin cesar pero este argumento es una completa estupidez. Primero, porque los bancos centrales limitarían su financiación al gasto público que fuese necesario para mantener en equilibrio la economía y, segundo, porque la historia ha demostrado que el dinero es mucho más peligroso en manos de la banca privada que en la de los gobiernos a la hora de crear burbujas y crisis financieras, naturalmente, siempre que los gobiernos estén sujetos al control del que ahora se carece precisamente para que puedan ayudar sin límite a los bancos privados y a las grandes empresas.

Eso es lo que nos lleva a decir que no se trata solo de una situación absurda. Se trata de un privilegio injustificado del que goza la banca privada en perjuicio de la población en su conjunto, de un robo legalizado y consentido que sobrecarga y mata a las economías, que destruye empleos y riqueza y que provoca crisis e inestabilidad social constantes.

Hay que acabar cuanto antes con el sistema (llamado de reserva fraccionaria) que permite a los bancos crear dinero de la nada produciendo burbujas y sobreendeudamiento constantes, y hay que disponer de bancos centrales que financien a los gobiernos con buen criterio y garantizando el buen funcionamiento de las economías y el uso razonable de los gastos del estado.

Sobre el desprecio al Rey y a otras instituciones

21 de enero de 2016

En estos días de tanta vorágine política en España se repiten escenas de desprecio al Rey, al Parlamento o a otras instituciones por parte de quienes de esa forma tratan de mostrar su rechazo hacia ellas. Hemos visto a algunos hacer gala de su republicanismo paseando guillotinas de cartón en las manifestaciones y ayer un portavoz de la Candidatura de Unidad Popular de Cataluña recitaba en un acto público unos versos que decían “Si el rey quiere corona, corona le daremos, que venga a Barcelona y el cuello le cortaremos”. Otros, en fin, ningunean al monarca por la vía de no reconocer su condición efectiva de Jefe del Estado y otras cosas por el estilo.

Es verdad que la familia real española no se ha comportado precisamente como una institución ejemplar casi desde ningún punto de vista pero me parece que los republicanos, quienes aspiramos a que en España haya un sistema democrático de elección del jefe del Estado y deseamos, por tanto, acabar con la Monarquía, deberíamos ser más respetuosos que nadie con la institución a la que combatimos. E igual podría decirse de esas otras personas o instituciones que actúan de modo irregular o sencillamente corrupto. Denunciar su comportamiento, su carácter no democrático y su servidumbre ante los grandes poderes financieros no creo que debiera hacerse desde el desprecio o el insulto. La grandeza de una acción viene precisamente de la fortaleza de aquello contra lo que se actúa y, además, no hay nada a mi juicio más patético que minusvalorar a un enemigo al que no hay forma de vencer.

Pasear guillotinas de cartón, declamar versos contra el Rey, despreciarlo de palabra o tomarse a chacota a un Parlamento o a los gobiernos con los que se quiere acabar es fácil. Hacer que se sepa lo que hay detrás de todo ellos, convencer a la gente común, movilizarla y forjar respuestas democráticas que cambien el mundo para que haya más justicia y bienestar es más difícil pero quizá a todos nos fuese mejor si fuésemos al fondo de las cosas y no perdiéramos el tiempo con chorradas.

¿Para qué sirven los sindicatos?

05 de mayo de 2016

Un reciente estudio de Jordan Brennan, investigador del Canadian Centre for Policy Alternatives y del Institute for Research on Public Policy ha revelado algunos datos interesantes sobre el papel de los sindicatos en la economía (el estudio es este y puede leerse pinchando en el título: *Rising Corporate Concentration, Declining Trade Union Power, and the Growing Income Gap*).

La teoría económica dominante afirma que el mercado es el mejor sistema para asignar los recursos y que por sí mismo establece el precio óptimo para todos ellos. En relación con el mercado de trabajo dice que, sin necesidad de intervención, el salario se determina allí en virtud de la aportación que cada trabajador añade al producto total (lo que llaman su “productividad marginal”). Gracias a ello, nos dicen que los salarios que se determinan a través del mercado no solo son los más eficientes sino los que aseguran la justicia distributiva.

Pues bien, lo que Brennan ha descubierto, estudiando datos de los últimos cien años, es que eso es falso porque los salarios no vienen determinados en función de esa productividad marginal sino que dependen del poder que tengan instituciones como las grandes corporaciones o los sindicatos. Concretamente, ha demostrado que la mayor concentración de las corporaciones exagera la desigualdad de ingreso bajando los salarios mientras que cuando el poder de los sindicatos es mayor la desigualdad disminuye porque sube la masa salarial.

En 1935 la densidad sindical, el porcentaje de población trabajadora sindicada, era del 8% y el porcentaje del ingreso total nacional que iba al 99% de los trabajadores con menos salario era del 44%.

La densidad sindical en los años 1970 subió al 30% y el porcentaje de ingreso total que iba para el 99% de salarios más bajo era el 54%.

Desde los años siguientes a los 80 de siglo pasado la densidad sindical bajó y ahora es del 11% mientras que el porcentaje de ingreso total para el 99% de salario más bajo ha disminuido al 41%.

Queda claro, por tanto, que la mayor o menor cantidad de masa salarial guarda una relación directa con el poder de negociación de corporaciones y sindicatos.

Por otro lado, Brennan también demuestra que el mayor porcentaje de ingreso que fue a parar a las grandes corporaciones cuando bajó la masa salarial, por la menor afiliación sindical y al perder poder los sindicatos, no contribuyó a que creciera la economía y hubiese más inversión y más empleo, tal y como asegura la teoría económica neoliberal dominante que debe ocurrir.

Brennan demuestra que el crecimiento del PIB a partir de 1980, cuando el ataque de los gobiernos y las grandes empresas limitó el poder negociador de los sindicatos, crece mucho menos que en los años anteriores de mayor presencia sindical y de mayor participación de la masa salarial en el ingreso total. Y también demuestra que el mayor ingreso recibido por las grandes corporaciones en forma de beneficios gracias al menor poder sindical le ha permitido efectivamente gastar más pero que ese mayor gasto no se dedicó a inversión creadora de activos fijos o empleo sino a recompra de acciones y a fusiones y absorciones de otras empresas para aumentar así su poder de mercado.

Los datos que proporciona Brennan hablan por sí solos: de 1895 a 1990 por cada dólar gastado en inversión en activos fijos por las empresas estadounidenses, se dedicaron 18 céntimos a fusiones y adquisiciones. Sin embargo, desde 1990, de cada dólar dedicado a inversión en activos fijos se dedicaron 68 céntimos a éstas últimas.

Esto es lo que ha permitido que la parte del mercado que dominan las 100 mayores empresas haya pasado de ser el 9% en 1990 al 21% actual.

Y esa mayor concentración es la que ha permitido que las grandes empresas hayan distribuido niveles record de dividendos a sus accionistas, y que hayan gastado en recomprar sus acciones (cuyo valor ellas mismas manipulan) más que en maquinaria o equipos, con el objetivo de que sus ejecutivos ganen más gracias a las *stock options* (opciones de compra sobre las acciones de su empresa) con las que se retribuyen.

En definitiva, los datos históricos demuestran que la mayor afiliación sindical fortalece a los sindicatos y aumenta su poder de negociación, que eso permite que suba la participación de la masa salarial en el conjunto del ingreso nacional y que, gracias a ello, la economía registra mayor crecimiento, más inversión y más empleo.

Por el contrario, la evidencia empírica muestra que menos afiliación y menos poder de negociación sindical aumenta el beneficio de las grandes empresas en perjuicio de la masa salarial y que eso lleva consigo más beneficio distribuido, pero menos gasto en inversión productiva y más en recompra de acciones y en fusiones y absorciones que concentran el mercado. Es decir, que a menor poder sindical, menos crecimiento, menos empleo, menos competencia y peor funcionamiento de la economía en general.

Eso es lo que dicen los datos, los hechos históricos. Lo demás, es pura ideología para encubrir el poder y los privilegios de las grandes empresas. Así que ya saben lo que se busca cuando se critica a los sindicatos y cuando se hace todo lo posible para que disminuya la afiliación sindical.

Otra vez con la mentira de que bajar salarios creará empleo. Ahora el BBVA

06 de mayo de 2016

Los medios de comunicación españoles se están haciendo eco de una nueva propuesta orientada a bajar aún más los salarios en España en esta ocasión planteada por el Banco de Bilbao Vizcaya en un informe reciente (Hacia un mercado de trabajo más eficiente y equitativo). Como siempre, la justificación que se da a una propuesta encaminada a aumentar el beneficio de las grandes empresas es que así se creará más empleo (ahora dicen que una disminución salarial del 7% aumentará el empleo en un 10%). Sin embargo, hay bastantes evidencias empíricas que muestran que no se va a crear más empleo bajando salarios sino que lo que ocurrirá será justamente lo contrario.

Hace un par de años publiqué un artículo titulado Las mentiras de siempre del FMI en el que criticaba una propuesta semejante de este organismo (el FMI decía que una reducción salarial del 10%, unida a otras medidas de ajuste, tendrían como resultado una subida de cinco puntos en el PIB en cinco años y de 7 en el empleo, además de reducir también el déficit y de producir una caída de precios entre el 4% y el 5% tras dos años).

Reproduzco ahora los argumentos que daba entonces para que se pueda comprobar que lo que ahora propone el BBVA forma parte del mismo rosario de mentiras. Y, a quien no lo haya hecho, recomiendo leer mi artículo de ayer en el que doy más razones empíricas para mostrar que la tesis del FMI y ahora del BBV son falsas: ¿Para qué sirven los sindicatos?

– En España se ha producido ya una caída de los salarios que, según el prestigioso economista francés Jean Paul Fitoussi, “no se ha visto nunca en los tiempos modernos en un país desarrollado” (*What Does A Social Europe Look Like Today?*). Por tanto, si fuese verdad lo que dice el FMI, se tendría que estar creando empleo desde hace años.

– Hay evidencias empíricas suficientes para afirmar que en Europa ocurre justo lo contrario de lo que propone el FMI. James Galbraith y Deepshikha Chowdhury, por ejemplo, ha demostrado que de los datos sobre salarios y empleo en Europa entre 1980 y 2005 no se puede deducir que deban disminuir los salarios para que aumente el empleo: cuando han aumentado los salarios ha subido el empleo y cuando se han reducido ha bajado. (*The European Wage Structure, 1980- 2005: How much flexibilization*). El FMI debe saberlo y demostrar qué ha cambiado ahora para que las cosas funcionen al revés de como lo han hecho hasta ahora.

– Otros estudios, como los de Jesus Felipe y Utsav Kuma (*Unit Labor Costs in the Eurozone: The Competitiveness Debate Again*) han demostrado que si los costes laborales unitarios han subido en los años o países con peores niveles de empleo, que es uno de los principales argumentos que utiliza el FMI para justificar recortes salariales, no es porque hayan subido los salarios sino los precios, como consecuencia del enorme poder del que disponen las grandes empresas y al que nunca le hacen frente. Por tanto, nada asegura que recortando ahora salarios en España vaya a aumentar el crecimiento y el empleo, sino que sería mucho más útil actuar contra esos grupos de poder que hacen que nuestra economía sea menos competitiva.

– También es falso que si bajaran los salarios en España nuestra economía tendría más cuota de mercado internacional y así generaría más crecimiento y empleo. Sylvain Broyer y Costa Brunner (*L'évolution récente des parts de marché intra-UE n'a rien à voir avec la compétitivité coûts*) demostraron que la evolución de las cuotas de mercado intraeuropeas no tiene nada que ver con los costes de competitividad. Para que las cuotas de mercado de los diferentes países

respondieran a sus distintos niveles de costes, esto es, para que se pudiera producir el efecto que se pretende alcanzar con medidas de ajuste salarial tendría que suceder que todos los países de la zona euro (donde van la mayoría de nuestras exportaciones) exportaran los mismos productos, esto es, que fuesen perfectamente sustituibles, que es justo lo contrario de lo que ocurre en Europa en donde la tendencia realmente observada es la de una progresiva especialización.

– Es también una evidencia que las políticas de recortes salarial que se han aplicado en los últimos años de crisis no solo no han creado crecimiento y empleo, corroborando lo anterior, sino que tampoco han reducido el déficit y la deuda, puesto que estos han aumentado. También en este aspecto tendría que demostrar el FMI qué ha cambiado para que a partir de ahora sucediera lo contrario.

– La idea de que para crear empleo lo que hay que hacer es reducir su coste es muy antigua. Es una tesis liberal de principios del siglo XX que la experiencia y la evidencia científica, como acabo de señalar con unos pocos ejemplos, han demostrado que es completamente falsa.

– Por el contrario, sabemos con certeza que es imposible generar actividad y empleo sin que haya demanda efectiva suficiente y es imposible que ésta se dé en el nivel adecuado si lo que se hace es bajar constantemente los salarios.

Por lo tanto, se puede decir con todo rigor y sin miedo a equivocarnos que la propuesta del FMI produciría en España todo lo contrario de lo que afirma que iba a producir. La experiencia de otros muchos países en donde se han aplicado estas medidas de recorte salarial a instancias del FMI y la española de estos últimos años es bien clara y lo corrobora.

– Otro argumento adicional contra las propuestas del FMI a tener en cuenta es que si se afirma que en cinco años aumentará el PIB en cinco puntos y el empleo en siete, se deduce que la productividad debe disminuir en dos en ese mismo periodo (es así porque el incremento de la producción solo puede venir de que haya más empleados produciendo o de que éstos sean más productivos. Por tanto, $\text{variación del PIB} = \text{variación del empleo} + \text{variación de la productividad}$). Está claro, pues, a qué tipo de economía quiere encaminarnos el FMI con las medidas que propone: proveedores de servicios baratos y de nulo valor añadido. Por eso reclama también que se reduzca el gasto en educación o en I+D+i. Para ser camareros o empleados en casinos o prostíbulos como los que planean ya en Madrid no hace falta formación, ni ciencia ni tecnología propia alguna. Y ni siquiera cabe pensar que vendrían capitales aquí para desarrollar la industria o los servicios de alto valor para aprovechar esos salarios más bajos, porque (si de verdad solo se busca salarios bajos) siempre habrá otros países en donde lo estén más aún.

– Por último, debe saberse que no es ni mucho menos casualidad que el FMI vuelva a proponer estas medidas de recorte salarial sabiéndose a ciencia cierta que llevan a resultados completamente contrarios a la creación de actividad y empleo.

Recortando salarios se beneficia a los grandes grupos empresariales que no dependen de la demanda efectiva española, sino que operan también en otros muchos mercados internacionales. Mientras que con estas medidas se arruinará aún más y sin remedio no solo a los trabajadores sino también a los pequeños y medianos empresarios que viven de esa demanda, es decir, de la masa salarial.

El FMI es consciente de ello y de todo lo que hace. Sus economistas y directivos no pueden estar tan ciegos. Los seleccionan a propósito entre los más inteligentes así que saben perfectamente que ya en otras muchísimas ocasiones

se han “equivocado” haciendo estas propuestas, como ellos mismos han tenido que reconocer más tarde. Nadie se puede equivocar tanto a favor siempre de los mismos casualmente.

Por tanto, no se puede aceptar que nos encontremos ante una propuesta accidental o de buena fe. Es una decisión consciente que se sabe que se toma a favor de alguien y a costa del sufrimiento de millones de personas. Debe ser considerada, pues, como lo que es, como una agresión, como un delito premeditado contra un pueblo. Por ello, no solo hay que desobedecer al FMI. Hay que denunciarlo, pedir responsabilidades a sus dirigentes y directivos y exigir que una legislación y tribunales internacionales las investiguen y condenen cuanto antes.

¿Hay alternativas o no hay alternativas?

Mayo de 2016

Desde que empezó la crisis bastantes economistas hemos tratado de explicar sus causas y, sobre todo, de argumentar con todo tipo de razones que había alternativas a las políticas que se han venido aplicando.

Los hechos nos han dado la razón y se ha podido demostrar que las medidas que se han adoptado no han permitido resolver la fragilidad sistémica de la banca internacional, ni recuperar la estabilidad económica, ni crear suficiente empleo ni mejorar las condiciones de vida de toda la población. Todo lo contrario, después de casi nueve años de crisis la economía mundial vive bajo la amenaza de nuevos latigazos financieros y con la actividad económica bajo mínimos, por no hablar de la crisis ambiental y de la social en muchos países como consecuencia de la situación económica tan precaria.

Los organismos que impulsaron políticas de austeridad que simplemente buscaban concentrar el ingreso en los niveles de renta y riqueza más elevada han conseguido sus objetivos, pero a costa de aumentar aún más la deuda y de no recuperar el empleo sino de transformarlo en trabajo más precario y con menos derechos sociales asociados. Los más honestos han tenido que reconocer que la justificación teórica que dieron en su día ha sido un fiasco, como habíamos anticipado muchos economistas que defendemos políticas alterativas.

Pero, a pesar del fracaso de las políticas neoliberales frente a la crisis y aunque ha habido un notable despertar de la conciencia social y de la movilización ciudadana, lo cierto es que no se han puesto en marcha políticas sustantivamente diferentes y cuando se ha intentado darle la vuelta a la tortilla aplicando otras medidas se ha fracasado. En Grecia, el gobierno progresista que pretendía hacer frente al neoliberalismo ha tenido que rendirse y ponerse de rodillas ante los poderosos. En España no ha habido posibilidad de formar un gobierno alternativo al del PP y puede que la estrategia seguida por las izquierdas tras las elecciones termine dándole una posición más holgada a la derecha en las próximas. En Irlanda, después de 60 días de negociaciones, el principal partido de la derecha ha conseguido seguir en el gobierno a pesar de la irrupción de nuevas fuerzas enfrentadas a las políticas de austeridad. En Portugal, el partido socialista hace lo que puede con el apoyo de una izquierda más radical que no se ha atrevido a entrar en el gobierno. Y tanto en un sitio como en otro, las fuerzas políticas que se presentaban como portadoras de las alternativas no han hecho sino ir reduciendo sus demandas programáticas para pasar de las más radicales de hace tres o cuatro años a otras mucho más moderadas (pero que, incluso así, siguen siendo renuncias inútiles para impulsar procesos de cambio efectivos).

Después de estas situaciones que se pueden calificar realmente de frustrantes mucha gente se pregunta si realmente llevábamos razón los economistas que defendíamos que hay alternativas a la política económica neoliberal o si, por el contrario, no hay nada que se pueda hacer ante el poder que parece omnímodo de las grandes empresas y bancos y de los políticos que defienden sus intereses.

Ante estas dudas, es preciso volver a repetir que los problemas económicos no tienen soluciones técnicas sino políticas. En el libro *Hay alternativas. Propuesta para crear empleo y bienestar social en España* expusimos ya con claridad las dificultades que existen para poder llevar a cabo proyectos de cambio social: la concentración del poder mediático, la aparición de espacios de decisión ajenos a las instituciones representativas que se presentan como impersonales (“los mercados”) pero que en realidad, como decíamos en el libro, son “los grandes financieros, directivos y representantes de las grandes corporaciones que tienen una influencia decisiva sobre el poder político, hasta el punto de que es impensable que los gobiernos tomen hoy día decisiones si no es

bajo su tutela”. Y señalábamos que de la mano de eso venía el desmantelamiento de las democracias, la oligarquización de los partidos y la destrucción de cualquier espacio alternativo de debate social o participación política.

Antes esas dificultades advertíamos en el libro de que “los cambios sociales necesitan siempre fuerza social, el empeño político de la ciudadanía, ideas y voluntad para hacerlos efectivos, decisión y un proyecto capaz de encantar a muchos más de quien inicialmente lo suscribe y, sobre todo, una visibilización nítida en toda la sociedad que no puede ser sino la expresión de la movilización continuada (...) Necesitan, aunque eso no es poco, la asunción ciudadana, su apoyo y la movilización que las haga imprescindibles porque los desee la mayoría de la sociedad”.

Cualquier cambio social de importancia, como el que necesitan nuestras sociedades, solo se da cuando los de abajo ya no quieren seguir como les imponen los de arriba, y los de arriba no pueden seguir como les imponen a los de abajo. Pero hay que mover muchas piezas para que eso se produzca.

Para que la gente se movilice es necesario antes que nada que quienes afirman que hay un camino alternativo marchen por ese mismo camino y no cada cual por su lado, que haya unión y no una constante controversia entre las personas y grupos que dicen tener la solución sobre la vía que hay que tomar. Se necesita convergencia y unidad y no solo en las cúpulas.

Hace falta estrategia y no solo pose ante los medios de comunicación. Se necesita saber con precisión hacia dónde dirigirse y no guías improvisadas, ni cambios a cada hora que confunden y desaniman.

La posibilidad de cambiar las cosas depende de que haya alternativas sobre el papel pero sobre todo, como decía Noam Chomsky en el prólogo de *Hay alternativas*, de que la gente se convenza de que las hay. Y para eso hace falta que esas propuestas sean creíbles, lo que no se consigue solo con el carisma mediático, ni a base de levantar la voz en los mítines, sino con la convicción que da el rigor y la fortaleza de las personas que la sociedad sabe que saben lo que dicen porque están acostumbradas a resolver problemas día a día.

Es necesario un sujeto político que sepa hablarle a la gente común en el lenguaje que ésta entiende, que no transmita amenazas y reproches sino ideas claras y estímulos y que no se limite a contentar con su jerga a los suyos y, por tanto, que entienda que las formas son esenciales y que las respete. Que sepa dialogar de las alternativas que plantea con quienes piensan de modo diferente, sin generar más confrontación inútil sino proporcionando vías de encuentro y solución de los problemas sociales.

En el documento que Vicenç Navarro y yo preparamos en 2014 para Podemos (Democratizar la economía para salir de la crisis mejorando la equidad, el bienestar y la calidad de vida. Una propuesta de debate para solucionar los problemas de la economía española) hacíamos referencia a una restricción fundamental a la hora de plantear alternativas y que fue formulada anteriormente por Dani Rodrick: la democracia, la soberanía nacional y la integración económica mundial son mutuamente incompatibles. Ese es el trilema que condenó a la humillación a Syriza y que volvería a pasar la misma factura en España si quien hace planteamientos alternativos de gobierno no se es inteligente, si improvisa, si se deja llevar por la presunción y la arrogancia, si no tiene estrategias transversales que garanticen una gran convergencia y un apoyo social muy plural, y si se concentra en la construcción de un aparato en lugar de tejer redes desde lo más próximo de los seres humanos para adelantar el futuro y crear espacios de contrapoder. O si en lugar de hablarle a la sociedad en su conjunto se limita a crear una nueva tribu.

Las alternativas existen pero solo son viables si se hacen bien las cosas. Y aun así, no conviene engañarse, el cambio en las condiciones del capitalismo neoliberal de nuestros días, sin bridas ni apenas contrapesos, descarnado y cruel, es difícil y costoso.

Podemos no es quien ha enloquecido en España

Mayo de 2016

McCoy es uno de los analistas económicos más brillantes y mejor informados de España. Sus artículos en El Confidencial, se esté o no de acuerdo con todo lo que afirma, suelen ser rigurosos y siempre útiles, con claves fundamentales para entender lo que sucede en la economía española. Pero, como le suele pasar a quienes tienen servidumbres concretas con el sistema económico y financiero, cuando se pone de por medio Podemos y la posibilidad de que cambien algunas cosas importantes en España pierde la mesura y hasta la educación. Le salta el chip y no sabe sino recurrir al insulto y a la zafiedad, sin temor a mentir y a decir simplezas con tal de atacar como un lobo hambriento a Podemos. La yugular de Pablo Iglesias y sus colegas cotiza bien en el parqué de los medios que viven de los bancos y las grandes empresas y hay que ir a por ellos como sea.

Como prueba de lo que digo, McCoy acaba de escribir un artículo titulado Podemos enloquece: no a los planes privados de pensiones que está lleno de mentiras y que oculta lo que de verdad hay detrás de la cuestión que se debate.

El asunto viene porque en el programa de la coalición Unidos Podemos se propone “la eliminación de los beneficios fiscales para la previsión complementaria individual, como en el caso de los planes de pensiones privados”.

El propio McCoy dice que “No se entiende muy bien el porqué de esta medida”. Y como no la entiende ya dice que Podemos ha enloquecido.

Para justificar el insulto a unos 6 millones de personas que votan a las fuerzas políticas que hacen esa propuesta, McCoy recurre a los siguientes “argumentos” en su artículo:

1. Si se trata de “penalizar al rico, Iglesias y Garzón yerran el tiro” porque “la contribución media del españolito de a pie se sitúa en los 1.400 euros” y “No da la impresión, por tanto, de que sean los más adinerados los que obtengan ventajas exclusivas por esta vía”.

2. La sostenibilidad del sistema público de pensiones está “aritméticamente en duda”.

3. Lo que se debe hacer es abrir las ventajas fiscales “a cualquier instrumento equivalente”. De este modo “sí que ayudarían a los cotizantes actuales a tener un futuro mejor, y no prometiéndoles la utopía de unas prestaciones que el paso del tiempo va a convertir en impagables”.

4. “Carteras de acciones, de fondos de inversión con el correspondiente peaje fiscal, activos alternativos y hasta inmuebles podrían servir a tal fin, siempre que se trate de un dinero inmovilizado para que el titular pueda disfrutar de él cuando termine su vida laboral”.

5. “Se pueden vivir tragedias personales tremendas en un futuro no muy lejano, cuando muchos descubran que donde no hay, no hay, y además no se puede sacar”.

6. Todo lo anterior, dice McCoy, es “Palabra de patronal”.

Pues bien, al respecto de todas estas afirmaciones de McCoy cabe señalar lo siguiente:

1. Miente McCoy cuando achaca solo a Podemos e Izquierda Unida la propuesta porque la hacen una gran cantidad de expertos, mucho de ellos en las antípodas ideológicas de esos partidos. Uno de los autores de un estudio reciente del IESE sobre los fondos privados decía: “para que el partícipe no obtenga buenas rentabilidades y sea desplumado a comisiones no es preciso otorgar

incentivos fiscales a estos instrumentos”. E incluso lo ha propuesto la propia Unión Europea, quien afirmó que “La desgravación fiscal de las contribuciones a planes de pensiones tiene efectos regresivos y falsea la composición del ahorro”.

2. Miente McCoy cuando dice que no son los adinerados los que más se benefician de esa ayuda fiscal. Esa desgravación, en contra de lo que dice, es muy regresiva porque la ayuda aumenta a medida que aumenta el salario: “Ahorrar con planes de pensiones solo es rentable para quien gane más de 60.000 euros anuales”, se decía en un artículo en *El Economista* nada sospechoso de izquierdismo.

3. Miente McCoy cuando dice que solo apoyando a los planes de ahorro privados van a tener los cotizantes actuales un futuro mejor. Se trata de una de las grandes mentiras financieras que utilizan los partidarios de los fondos privados para defender los intereses de las entidades financieras. Si dentro de 20 o 30 o 40 años no hay ahorro para las pensiones públicas (por ejemplo, como dicen, porque las sociedades habrán envejecido y no haya suficientes cotizantes) tampoco lo podrá haber para las privadas. Eso es indefectiblemente así porque las pensiones de cada momento se pagan con el ahorro que haya en ese momento y si no hay ahorro para las públicas tampoco lo habrá para las privadas.

4. Miente McCoy cuando dice que dinero del ahorro que la gente deposita en planes privados está “inmovilizado para que el titular pueda disfrutar de él cuando termine su vida laboral”. En realidad, está en continuo movimiento porque las gestoras de esos fondos lo utilizan para llevar a cabo inversiones. Y ese es el problema que no menciona McCoy porque esas inversiones, casi siempre puramente especulativas, son arriesgadísimas, muy peligrosas, de modo que continuamente provocan quiebras y que los ahorradores (sobre todo los de menor aportación) pierdan sus fondos.

5. Miente McCoy cuando dice que las pensiones públicas son las que se van a convertir en impagables mientras que los planes de ahorro privado aseguran la pensión futura. La historia ha demostrado que los fondos privados son los que más han quebrado y que millones de personas en todo el mundo han perdido sus ahorros.

6. Miente también McCoy porque no menciona que la única rentabilidad que proporcionan esos fondos es la que proviene de la desgravación fiscal. Como señala el informe del IESE que he mencionado arriba, la rentabilidad media de los fondos de pensiones privados en España entre 2008 y 2012 fue negativa en términos reales (descontando la inflación), y de los 257 fondos con al menos 15 años de historia, únicamente tres lograron una rentabilidad media superior a los bonos del Estado a 15 años.

7. Miente McCoy cuando dice que “La sostenibilidad del sistema público de pensiones está aritméticamente en duda”. El sistema público de pensiones esta políticamente en duda, eso sí, pero multitud de investigadores han demostrado, aritméticamente como él dice, que puede ser perfectamente viable y que, en todo caso, si predominan las circunstancias que sus críticos aducen para ponerlo en duda entonces tampoco serán viables las pensiones privadas salvo, lógicamente, para quienes sean suficientemente ricos como para ahorrar a lo largo de su vida. Y, como hemos demostrado Vicenç Navarro y yo en nuestro libro *Lo que tienes que saber para que no te roben la pensión*, da la casualidad de que, con el paso del tiempo, se ha podido comprobar que quienes defienden aritméticamente la insostenibilidad de las pensiones públicas se han equivocado siempre, siempre, siempre en sus cálculos.

8. McCoy oculta la verdad cuando no dice que “la mitad de los españoles no puede ahorrar más de 100 euros al mes” o que “un 44% sufre para hacer frente a los pagos y tiene dificultades para llegar a fin de mes”. Es decir, que

nunca podrán generar los suficientes fondos a lo largo de su vida para financiar una pensión privada cuando ya no trabajen.

9. McCoy solo dice la verdad cuando él mismo reconoce al final de su artículo que sus palabras son “palabra de patronal”. Efectivamente, su artículo es la palabra de la patronal de las entidades financieras que hacen el agosto a base de cobrar comisiones a los ahorradores, algo que McCoy oculta.

En fin, McCoy se ha mostrado como uno más de esos liberales que desprecian al Estado y a los impuestos pero que defiende que el Estado, es decir, la inmensa mayoría de los españoles, sufrague un negocio privado que despilfarra y que no tiene rentabilidad ni personal ni social, salvo para quien lo gestiona.

Quien ha enloquecido no es Podemos ni Izquierda Unida, ni los investigadores, ni la Unión Europea que también hacen la misma propuesta que critica McCoy. Quien enloquece son periodistas e ideólogos como él que, con tal de defender a los intereses de los más privilegiados, son capaces de tirar a la basura la realidad de los hechos para atacar a base de insultos a los compatriotas que no piensan como ellos.

Reflexiones rápidas sobre el Brexit

Junio de 2016

Finalmente, se ha confirmado que la mayoría de la población del Reino Unido ha preferido salir de la Unión Europea y, a pesar de que eso era muy previsible según todas las encuestas, se ha levantado un revuelo enorme en toda Europa. Se me ocurre resumir telegráficamente mis ideas sobre el cambio que se avecina y que creo será de gran importancia para nuestro futuro como ciudadanos europeos.

a) Se recoge lo que se siembra. Cuando se aplican continuamente políticas contrarias a lo que desea la población se termina sufriendo su rechazo y la aparición de posiciones cada vez más radicales frente a quien las impone. Es cierto que la permanencia o salida de la Unión Europea es algo que siempre ha dividido casi por la mitad a la población del Reino Unido pero el resultado del referéndum muestra que se ha hecho más por agrandar esa diferencia que por reducirla.

b) Europa no ha sabido encandilar a los pueblos. Si no es capaz de atraer a quienes sueñan con el proyecto europeo, mucho menos lo es frente a quienes no creen en él. Europa se ha convertido en un proyecto feo, burocratizado y demasiado claramente al servicio de los poderosos. Ningún proyecto de integración puede salir adelante sin el estímulo que proporciona la adhesión ciudadana, la identificación de las gentes corrientes con sus ideales y la complicidad activa de la población. En el caso de la Unión Europea está pasando lo contrario, crece la desafección y solo hay complicidad por parte de las grandes corporaciones.

c) En cierta medida, el Reino Unido ya estaba fuera de la Unión Europea. Ha sido siempre una especie de china en el zapato que en lugar de ayudar a que se profundizara y avanzara en el proceso integrador ha procurado siempre que se ralentizara. Ha sido un “descafeinador” del sueño europeo y no solo de sus aspectos más sociales y progresistas. En concreto, con el último acuerdo cerrado en medio del chantaje que suponía el referéndum. Es normal que muchos de quienes están convencidos de que es imperioso que la Unión Europea avance vean incluso con buenos ojos y con esperanza la salida del Reino Unido.

d) Más que el Reino Unido es ahora la Unión Europea quien se encuentra en una difícil disyuntiva. La sangría se le ha producido a ella y es la Unión quien debe tomar medidas para aplacar la enorme frustración y el daño institucional y moral tan profundo que produce la salida de la Unión Europea de uno de sus socios más grandes, relevantes y poderosos.

¿Y qué puede pasar ahora? Yo creo que al respecto cabe hacer tres grandes consideraciones:

a) Los primeros momentos serán de perturbación. Habrá movimientos convulsos en los mercados de divisas, en las bolsas y quizá dimisiones con el anuncio de nuevas elecciones. Pero no creo que eso suponga una inestabilidad excepcional, entre otras cosas porque cuesta trabajo creer que las autoridades europeas y del Reino Unido sean tan incompetentes como para no haber tenido bosquejado desde antes un plan b para la actual situación (aunque también es muy posible que sí lo sean).

b) Lo que ocurra más allá de estos primeros movimientos de confusión dependerá de que siga una u otra de las tres siguientes posibilidades:

– Un intento rápido de revertir la situación, convocando nuevas elecciones y anunciando el compromiso de celebrar un nuevo referéndum, en cuyo caso las perturbaciones iniciales se alargarían y serían de mayor envergadura.

– Utilizar el proceso de salida contemplado en los tratados para generar en los próximos dos años una situación en la que al final (si es que no se revierte) todo quedara como si nada hubiera pasado.

– Que se dé por definitiva la salida del Reino Unido y sea Europa quien abra un proceso de reflexión y de reformas que refuercen el proyecto y promuevan un incremento de la identificación y de la complicidad ciudadana.

– Que la Unión se empantane y paralice, lo que podría dar lugar a reacciones en cadena y a un proceso incluso acelerado de disipación del proyecto europeo.

¿Y España qué?

El contexto que se acaba de abrir no es ni mucho menos indiferente para España.

No creo que se produzcan los efectos de hecatombe que algunos medios contrarios al Brexit han divulgado estas semanas atrás, al menos después de los primeros momentos de perturbación que he señalado. El Reino Unido ya tenía soberanía monetaria y podía utilizar la política de tipo de cambio. No veo por qué vaya a devaluar ahora (repito, salvando los primeros momentos de depreciación) y ha tenido siempre potencia comercial suficiente como para imponer condiciones favorables a sus socios. En todo caso, el cambio que pueda producirse tiene tiempo por delante y España (las empresas españolas y las autoridades de quien depende nuestras relaciones con el exterior en todos los ámbitos) debe aprovecharlo para adecuarse a la nueva situación adelantándose, en lugar de mantener una actitud pasiva y a la defensiva. En particular, España debería aprovechar la situación (tarea que solo podría asumir un nuevo gobierno diferente al actual del PP) para hacerse mucho más fuerte que hasta ahora, no solo frente al Reino Unido (por ejemplo, en Gibraltar) sino frente a la Unión Europea. El fracaso de sus burócratas debe convertirse en un triunfo de los pueblos en la batalla que se avecina por redefinir el proyecto europeo.

26J: El fin de la burbuja Podemos

Julio de 2016 Publicado en CTXT el 1 de julio de 2016

Que Podemos haya logrado cinco millones de votos con solo dos años y medio de vida como partido político y en las condiciones tan adversas en que se ha desarrollado es una proeza innegable. Una proeza que a mi juicio ha sido posible gracias a tres tipos de circunstancias. Unas, relativas al entorno en el que ha actuado Podemos desde su fundación y que le han sido siempre favorables:

– La pérdida de apoyo social al PP y al PSOE y el descrédito institucional que su comportamiento político ha provocado.

– La consolidación del “precariado” como un nuevo grupo social activo y con una actitud de rechazo al status quo muy primitiva (del estilo del “que se vayan todos porque todos son igual de chorizos”) pero firmemente asumida y bastante homogénea,

– La incapacidad de IU y de los sindicatos para erigirse en referentes y canalizadores de la indignación tras los recortes y la del 15M para actuar como sujeto político de una movilización ciudadana cuya transversalidad va mucho más allá de los esquemas ideológicos tradicionales.

Pero estas condiciones favorables no hubieran podido consolidar a un partido como Podemos si no se hubieran dado al mismo tiempo otras de carácter más subjetivo y que no se pueden obviar: la osadía (en el mejor sentido del término) de sus dirigentes que les llevó -a diferencia de otras personas que actuaron con miedo y conservadurismo- a dar un paso adelante y a organizar desde la nada una candidatura en las elecciones europeas de 2014. Y, por supuesto, la inteligencia con que supieron captar desde los primeros momentos a grupos sociales muy diversos y hasta entonces deshilvanados y desprotegidos, con solo su indignación por montera podríamos decir, en medio de la crisis.

Si a eso se le añade una cobertura mediática siempre muy amplia que a cada momento ha estado amplificando, incluso hasta la exageración, lo bueno y lo malo de Podemos, creo que se tienen los ingredientes básicos que explican su expansión impresionante desde su fundación.

Pero si todo eso ha sido excepcional, mucho más extraordinario me parece a mí que en solo seis meses, justo cuando su ola expansiva parecía estar en estado de gracia, Podemos haya perdido un millón de votos y, sobre todo, su aura de caballo ganador.

Sin duda es pronto para sacar conclusiones pero sí creo que puede ser útil ir aportando reflexiones sobre lo que ha ocurrido. Yo lo voy a hacer con algunas hipótesis en torno a una tesis central que a mi juicio podría explicar lo que le ha sucedido y lo que previsiblemente puede ocurrir en el futuro.

Mi tesis puede resumirse en tres ideas principales:

– La gestión que ha hecho Podemos de su posición en el tablero político tras las elecciones del 20 de diciembre fue nefasta.

– Las decisiones que ha ido tomando desde entonces y la forma de tomarlas le han supuesto una pérdida muy elevada de apoyo electoral que no ha podido compensarse con la aportación de voto de IU (que, a su vez, también puede haber mermado el suyo propio, como diré más adelante, por el rechazo a Podemos como socio y por el tipo de coalición con el que se han presentado).

– Lo anterior no ha sido un incidente sino el efecto de un cambio de posición estratégica en la dirección de Podemos que ha supuesto empezar a actuar como lo que se creía que nunca sería Podemos (un partido político más, con las virtudes pero también con los usos y abusos de todos los demás), lo que presumiblemente se consolidará en cuanto celebren un nuevo congreso.

A mi juicio, tras las elecciones del 20 de diciembre pasado Podemos ha cometido errores muy graves que tienen que ver con la estrategia, con la táctica, con el lenguaje y la comunicación y con el formato electoral. Los resumo brevemente a continuación.

Me parece que el error estratégico de Pablo Iglesias y de los demás dirigentes que han coincidido con él en estos seis últimos meses consiste en no darse cuenta de que las elecciones habían consolidado a Podemos y Ciudadanos como los dos polos del cambio en España. Pero polos todavía potenciales o a medio plazo, porque sus resultados fueron demasiado precarios como para poder convertirse de inmediato en ejes decisivos o autónomos de cualquier proceso de regeneración.

Podemos podría haber optado por consolidar y tratar de reforzar esa situación embrionaria o simplemente por aprovecharse de ella, con su apoyo crítico a un gobierno bien de PSOE, de PSOE-Cs o de ambos con independientes, del que podría haber conseguido mejoras en su programa en una legislatura que hubiera sido corta y en la que Podemos podría haberse apuntado lo bueno de cualquier gobierno y la oposición a lo malo. Un gobierno no óptimo sin duda -a la luz del acuerdo que suscribieron PSOE y Cs- pero que nunca haría el daño que hará a los grupos sociales más desfavorecidos el que previsiblemente forme el PP en pocas semanas.

Sin embargo, la estrategia de Pablo Iglesias fue la de forzar unas nuevas elecciones pensando que entonces superaría al PSOE gracias a la presión a la que lo sometía y a que a IU no le quedaría ya más remedio que echarse en sus brazos.

Es verdad que en este error le acompañó Ciudadanos, que tampoco entendió que la regeneración política (si se quiere que sea de verdad) no va a ser cosa de un solo polo en España sino compartida. Rivera se dedicó por encima de todo a combatir a Podemos, sin darse cuenta de que así se combatía a sí mismo porque eliminaba el escenario de regeneración que es el único en el que Ciudadanos puede tener sitio y sentido en nuestro mapa político. Al final, la estrategia de combatirse mutuamente (o de negarse uno a otro como operadores del cambio) ha hecho que Ciudadanos y Podemos (que tras el 20D aparecían como las estrellas de un nuevo tipo de equilibrio político) hayan resultado mutuamente dañados y ninguno beneficiado del fracaso del otro.

El error de Podemos (y el de Ciudadanos) traía consigo, además, otras dos consecuencias. Una, que consolidaba unido en torno al PP el bloque electoral de la derecha, lo que claramente perjudica a todos los partidos del centro a la extrema izquierda (y, por supuesto a Ciudadanos). Y, por otro, que obligaba a Podemos a entrar constantemente en planteamiento cortoplacistas en donde siempre llevará las de perder.

En segundo lugar, y desde un punto de vista táctico, es decir, teniendo en cuenta las posiciones más a corto plazo, la actuación (creo que se puede utilizar esta palabra) de Pablo Iglesias y otros dirigentes de Podemos tras las elecciones del 20D me ha parecido un auténtico desastre, no solo para los intereses de Podemos sino para el avance futuro de una alternativa de transformación progresista en España:

– Insistieron en un empeño que era inútil (seguramente porque en realidad no buscaban conseguirlo sino debilitar al PSOE), como era un gobierno de cambio de izquierdas cuando su otro componente principal (el PSOE) decía que no lo quería y había decidido ya tener otra pareja de baile (el error táctico, lógicamente, no consistió en desearlo sino en seguir insistiendo en ello como si fuera posible cuando no lo era por la negativa del PSOE).

– Quisieron hacer creer que su deseo era gobernar con el PSOE pero lo cierto es que no pararon de atacar, zaherir y provocar a sus dirigentes y militantes,

un comportamiento que es justamente el contrario que alguien en su sano juicio tiene con otro con quien de veras quiere asociarse.

– Establecieron líneas rojas y condiciones que al final resultaban cambiantes pero que, en cualquier caso, eran contrarias al clima de negociación que se esperaba naciera de un nuevo tipo de acción política.

– Modificaron sus ofertas programáticas, reformularon su ideología (la supuesta deriva hacia la socialdemocracia resulta ya patética) y se alejaron de promesas electorales, dando a entender que los principios son para Podemos una simple moneda de cambio.

– En medio de un proceso en el que se esperaba sosiego, comprensión y generosidad en los partidos, Pablo Iglesias mostró un lado duro y dictatorial humillando públicamente, con un estilo que para sí quisiera un viejo politburó soviético, a su secretario de organización, Sergio Pascual. Un cainismo intrapartido que el electorado siempre ha rechazado y castigado a la hora de votar.

– Y, en su línea habitual, los dirigentes de Podemos no pararon de recurrir al efectismo, a las salidas de tono e incluso a la provocación izquierdista. Algo muy del gusto de su base social más iconoclasta, pero que al común de la gente termina por cansar y que desagrada cuando lo que está en juego es el futuro de casi 47 millones de personas. Iglesias, como otros dirigentes de Podemos, no parece que se haya dado cuenta de que un discurso que se pretende transversal debe ser creíble también para quienes se encuentran lejos de las posiciones de quien lo defiende y que los gestos, la expresión no verbal y las formas son esenciales en política porque ésta es, al fin y al cabo, un modo sutil de diálogo. Y, por supuesto, determinantes esenciales de esa credibilidad.

Y a eso cabe añadir que en todo este proceso Podemos renunció a tensionar y movilizar a la ciudadanía y, lo más importante, a su militancia, precisamente en momentos en los que se estaban produciendo hechos gravísimos en materia de corrupción, de refugiados y de política europea o económica. Como también renunció a propuestas y formas de actuación que supuestamente estaban en el ADN de la formación morada, como las primarias, la participación de las bases y la democracia interna.

En tercer lugar, y como ya expresé en un artículo anterior (Podemos, entre ataques ajenos y errores propios) el partido de Pablo Iglesias se equivocó no solo en la lectura de la situación sino también en el modo de transmitir su posición, al hacer una interpretación masculina, agresiva, competitiva y tacticista de la política. Se equivocó, en mi opinión, dividiendo a España entre ellos (los buenos) y los malos y cuando quiso imponer a los demás su dinámica del cambio, sin darse cuenta de que la gente estaba harta de imposiciones y que en ese momento deseaba transigencia y negociación. Se equivocó en el modo de dialogar con la situación, con los demás partidos, con la gente que la había votado y con la que no. Curiosamente, le sobró radicalismo en la forma de hacer sus propuestas cuando las que hacía estaban más descafeinadas y eran menos radicales que nunca.

Y, por último, yo creo que Podemos se equivocó (como también Izquierda Unida) presentando, incluso explícitamente, su coalición como un matrimonio de conveniencia y despreciando lo que hasta entonces había sido algo que la experiencia ha confirmado en los últimos años: que la gente está harta de las sopas de siglas y que lo que moviliza y tiene éxito electoral es la unidad ciudadana, no los aparatos decidiendo sino la gente llamando a la gente para hacer una política diferente a la actual.

El problema que tiene Podemos por delante y lo que va a condicionar el futuro es que lo que ha pasado, los errores que ha cometido, no son fruto de una casualidad ni de un accidente sino el efecto de la opción estratégica y del modo

de actuar que defienden parte de sus dirigentes en contra de los otros en el seno de una organización que ya tiene dentro lo peor de los partidos tradicionales y muy poco de lo que prometió que tendría como nuevo tipo de fuerza política. La opción de ir a nuevas elecciones, no se olvide, la adelantó Anticapitalistas en un comunicado.

Ahora, las cosas van a empezar a transcurrir de otro modo. La nave va a dejar de acelerar constantemente para tomar velocidad de crucero y las bases y los dirigentes de una y otra corriente (y me atrevería a decir que incluso sus votantes) no tendrán más remedio que pararse a reflexionar, mirándose de frente y a los ojos. Entonces será cuando quizá se den cuenta de que no comparten el modo de hacer real el sueño y que tienen que decidir si quieren o pueden seguir viajando juntos.

Me atrevo a pensar que el Podemos triunfador y de vértigo que hasta ahora hemos conocido, la burbuja, ha terminado aquí su andadura porque nada puede ser algo siendo una cosa y su contraria. Sobre su futuro, sin embargo, no creo que pueda saberse mucho, de momento.

Europa se equivoca (y Alemania más). Pero España tampoco lo hace bien

Publicado en ctxt.es el 20 de julio de 2016

Como se estaba esperando, la Unión Europea anuncia no sólo una sanción a España sino la exigencia de un recorte de gasto de 10.000 millones de euros por haber incumplido su compromiso de déficit, o quizá esto último a cambio de lo primero. Sea cual sea su final, el anuncio pone una vez más sobre la mesa la impresionante insensatez de las autoridades europeas.

No voy a entrar en el hecho de que Europa se ponga dura cuando incumplen los débiles y que no lo hiciera cuando se trató de Francia o Alemania. La transigencia de ayer no excusa la de ahora pero eso es una cosa y otra no ser conscientes de que ese doble rasero no puede sino minar aún más la de por sí frágil confianza de la ciudadanía en las instituciones europeas. Y más aún, en un momento tan delicado como el actual, tras el Brexit, los atentados terroristas y la crisis que no acaba de los refugiados, el extraño golpe de Turquía, la vergonzosa puerta giratoria de Duraó Barroso.... En los últimos sondeos, el porcentaje de la población española que cree que la Unión Europea va en la dirección incorrecta para salir de la crisis y hacer frente a los desafíos mundiales ha pasado del 30% al 46% y cabe preguntarse a cuánto subirá en los próximos eurobarómetros, a medida que la gente comience a tomar nota de todas estas cosas.

Con independencia de ello, creo que los dirigentes europeos se equivocan también por otra serie de circunstancias.

—Está siendo cada vez más claro que juegan con la amenaza de sanción y de recortes para influir y tratar de corregir la dirección que pueda tomar la política española. Si hay un hecho objetivo por delante, Europa debe decidir y actuar y no estar mareando la perdiz de una forma tan indisimulada. Es tan evidente que la medida que tome será diferente si finalmente gobierna el PP o cualquier otro partido o coalición, que la estrategia comunitaria comienza a producir algo peor que desagradable rechazo. Los dirigentes europeos no pueden jugar a premiar o castigar en función de la mayor o menor connivencia o simpatía que tengan con los gobiernos porque no puede hablarse de democracia cuando se resuelve de un modo u otro según sean los resultados electorales. Ni siquiera puede parecerlo. La buena gestión e incluso la confianza y la estabilidad social dependen de que haya reglas y certidumbre sobre las consecuencias de nuestros comportamientos y la arbitrariedad de las autoridades europeas solo contribuye a debilitarlas.

—Una vez más, Europa renuncia a poner sobre la mesa criterios de fondo, con rigor y fundamento. No analiza causas ni evalúa comportamientos para presentar opciones sino que se limita a rebanar el gasto a lo bruto.

El incumplimiento de un compromiso previo sobre el déficit tiene causas y la actuación reparadora, por tanto, no puede limitarse a dar un tajo en una de las dos fuentes que puede producirlo (los gastos y los ingresos) sin analizar los factores desencadenantes (entre los cuales puede estar, por cierto, que el objetivo fuese materialmente irrealizable). Los déficits son como una tijera, algo que no se puede entender sin sus dos hojas, sin analizar lo que pueda estar ocurriendo en los gastos y en los ingresos y sin tomar medidas que afecten a ambas partes.

Incluso si se concluyese que hay gasto excesivo, lo sensato no es obligar a que se recorte de cualquier manera sino analizar cuál es el que genera problemas y más concretamente cuál es el que ayuda o no a crear más o menos ingresos. Si no se hace así, lo que puede ocurrir es que para evitar un déficit se haga caer tanto el ingreso que a la postre surja otro de mayor volumen y que aumente mucho más la deuda. Justo lo que viene sucediendo en Europa.

Los dirigentes europeos se equivocan centrando su atención exclusiva en el gasto público de España (que en términos de PIB está casi cinco puntos por debajo de la medida de la Eurozona) sin considerar lo que está ocurriendo con los ingresos públicos.

–Europa también actúa a la ligera y sin razón, se equivoca igualmente, cuando abre este expediente contra España sin tener en cuenta lo que España ha hecho en estos últimos años. Es cierto que se ha incumplido un compromiso pero ¿no sería mucho más sensato tener en cuenta la dinámica seguida por el déficit en estos últimos años? La realidad es que el déficit total se ha ido reduciendo muy significativamente en España, pues ha bajado del 9,4% de 2010 (cuando empezaron en serio las medidas contra la crisis, aunque desgraciadamente con retraso y con nefasta orientación) al 5,1% en 2015. Y si se computa el déficit excluyendo los intereses, lo que en realidad refleja mejor todavía la gestión fiscal del gobierno, resulta que se ha pasado del 7,5% al 2,1% entre esos mismos años. Es un ajuste muy importante y ni siquiera los más acérrimos defensores de la estabilidad presupuestaria creo que puedan negar que la tendencia es positiva desde este punto de vista.

–Se equivoca también Europa cuando se sigue empeñando en aplicar medidas de política fiscal sin tener en cuenta la coyuntura económica, la fase del ciclo en la que se encuentra la economía.

El profesor Francesco Saraceno acaba de mostrar de un modo bastante simple que las políticas fiscales que vienen imponiendo las autoridades europeas han sido procíclicas en casi todos los años, tanto en el conjunto de la Unión como en España en concreto (*Perseverare Diabolicum*). Es decir que, en lugar de corregir la tendencia del ciclo, en estos años recesiva, lo que han hecho ha sido reforzarla.

Comparando la variación del déficit con la brecha entre la producción real y la potencial, Saraceno demuestra que la política fiscal española ha sido procíclica los años 2009, 2011, 2012, 2013 y 2014. Y en el conjunto de Europa en 2012, 2013 y 2015. Y si se compara el impulso fiscal con la brecha entre tasa real de crecimiento y el nivel de 3% que se fijaba en el Tratado de Maastricht, resulta que la política fiscal fue procíclica para Europa en su conjunto de 2009 a 2015 y en España los años 2010, 2011, 2013 y 2014.

La conclusión es clara. Las políticas que viene imponiendo Europa son las responsables de que nuestra economía recaiga una y otra vez. Solo cuando se han generado impulsos fiscales más potentes, como en España en 2015, las economías se han reactivado. Puede parecer una barbaridad pero es que lo es: Europa castiga por tomar las medidas que relanzan la economía e impone las que la paralizan una y otra vez.

–Europa se ha equivocado al quitar fuerza al único motor que puede impulsar la economía cuando la actividad privada no lo hace porque la única consecuencia posible de esa política es que bajen el ingreso y la actividad y que aumente la deuda. Por eso las políticas europeas “contra” la deuda han dado lugar a que a finales de 2015 hubiera en la UE (28) 3,3 billones de euros más de deuda pública que en 2007, y 2,2 billones más que en 2010.

Insistir en una estrategia que tan claramente está produciendo resultados contrarios a los anunciados solo puede explicarse por dos razones. Una, que las autoridades que la dirigen sean completamente insensatas e ignorantes. Y otra, que lo que se busque en realidad sean otros objetivos distintos a los que se afirman.

A mi juicio, y sin olvidar que el fundamentalismo ideológico produce siempre insensatez e ignorancia, lo que ocurre en la Unión Europea es que sus

dirigentes están en manos de los grandes grupos financieros que son los que casualmente resultan beneficiarios de estas políticas.

Las autoridades europeas se empeñan en presentar la deuda como el resultado de un comportamiento derrochador de los pueblos y de los gobiernos pero no es verdad que sea así. La deuda es un negocio: el negocio de los bancos. Para la gente corriente es una esclavitud. Y lo que hace Europa desde que se obliga a que sea la banca quien deba financiar a los gobiernos es permitir que se esclavice a los pueblos para que los bancos hagan negocio. Quien se beneficia cuando una administración corrupta se endeuda para financiar construcciones que nadie usa, como los aeropuertos, los puertos o las autopistas del PP, no es la gente común sino los grandes constructores y los bancos.

Y los datos no dejan lugar a dudas: el 93% del incremento de la deuda pública de la UE (28) de 1995 a 2015 corresponde a intereses pagados a los bancos privados, según Eurostat. Un porcentaje que incluso es más elevado todavía en la Eurozona (106,3%) pues en ese periodo la deuda aumentó en 5,37 billones de euros y se pagaron 5,7 billones en intereses. Y en España, del incremento de deuda en esos 20 años el 61,4% corresponde a intereses.

Para acabar, hay que destacar que si Europa en su conjunto se está equivocando en tan gran medida, Alemania lo hace en una mucha mayor, y no solo porque sea la fuente principal de la que manan este tipo de políticas. También, porque actúa sin darse cuenta de que los desequilibrios europeos no pueden ser solo responsabilidad de una de las partes puesto que todas las piezas forman parte de un mismo balance. Y porque no tiene en cuenta que las ventajas que obtiene imponiendo una constante estrategia deflacionaria en la periferia le pasarán factura antes o después. Porque los incentivos perversos que dio a su sistema financiero a base de concederle privilegios pueden convertirse en una bomba de efecto retardado y porque actuando ahora con sus socios con la intransigencia y ceguera que los aliados tuvieron contra Alemania tras la Primera Guerra Mundial, cava una tumba en donde caerán todos sin distinción.

Europa se equivoca y Alemania más pero es un gran error creer que los problemas de España vienen de ahí porque lo cierto es que también aquí hacemos mal nuestras tareas desde hace tiempo.

—En España nos equivocamos porque seguimos sin hacer frente a un problema fiscal que puede llegar a ser de una gravedad extraordinaria si no se toman medidas urgentes. Pero medidas que lógicamente tendrán que ser diferentes a las que hasta ahora se vienen tomando, pues está claro que éstas no han conseguido sino que aumente sin cesar la deuda pública. Tengo la seguridad de que el principal problema de España no está en el gasto y que hay que actuar principalmente por la vía de los ingresos, pero tampoco me cabe la menor duda de que en materia de gasto público hay los suficientes “puntos negros” como para impedir que cualquier otra medida sea creíble y viable mientras persistan. Para aplicar las políticas de reforma impositiva y de lucha contra la economía sumergida que se necesitan es imprescindible llevar a cabo una revisión previa de las políticas de gasto, una reforma de nuestra Administración pública y la lucha integral contra la corrupción que ni siquiera se ha empezado.

—En España nos hemos equivocado y nos seguimos equivocando al debilitar los únicos motores que pueden garantizar la prosperidad y la salvación de nuestra economía, y de nuestra sociedad. Hay que conseguir como sea un incremento del gasto público y privado en I+D+i, en educación, en promoción de la igualdad, en estrategias de sostenibilidad medioambiental y reforma energética y, en general, en el que sabemos que incrementa nuestro capital social.

—En España nos equivocamos al aceptar como nuestra o al permitir que se nos imponga una estrategia de competitividad basada en bajar salarios porque

de esa forma solo se consigue acabar con las empresas que viven del mercado interior, la gran mayoría, y empobrecer continuamente a la población.

–En España nos equivocamos sintiéndonos a mi juicio excesivamente confiados en las políticas redistributivas, sin duda indispensables pero nunca suficientes porque deterioran el sistema de incentivos y a la larga son insostenibles si no van acompañadas de una regeneración constante del tejido productivo y de la apropiación del valor añadido que se genera.

–Y creo que España hace mal manteniendo en Europa una actitud sumisa y casi silente, como la de los últimos años. Sin entrar ahora en el balance de su gestión europea, lo cierto es que desde la época de Felipe González España apenas pinta nada en Europa y esta es una, por no decir que la más pesada, de nuestras grandes hipotecas.

España debe hacerse oír y si hace falta debe dar un manotazo en la mesa. No podemos seguir aceptando como guía de actuación que los problemas de Europa son la consecuencia de los desequilibrios de la periferia porque la realidad es que nuestros problemas son la expresión de un pecado original cometido al diseñar mal una unión monetaria porque está al servicio de un único vector de fuerza.

Pero nada de eso es posible mientras la política española siga enfangada en el medio ambiente de unos contra otros en el que estamos. No sé cómo van a sacarnos de ahí los partidos políticos pero lo seguro es que si no hay grandes acuerdos, de interés nacional y orientados a corregir el reparto que se viene haciendo de los beneficios y las cargas, vamos a tener pronto algo peor que un gran problema.

¿Para qué pensar si se puede embestir?

08 de septiembre de 2016

“Cuando los sabios quieren ser valorados por otros, primero valoran a los demás; cuando quieren ser respetados por otros, primero los respetan. Cuando quieren superar a otras personas, primero se superan a sí mismos” (Lao Tsé)

Lo reconozco. Soy un apasionado de los cachivaches electrónicos. Me gusta descubrirlos y utilizarlos aunque no gasto mucho dinero en ellos, por una cuestión de principios y porque no tengo el que haría falta tener para satisfacer mi afición y curiosidad.

Leo bastante, eso sí, sobre innovación y suelo estar al tanto de las novedades que salen al mercado, aunque solo sea, como digo, para satisfacer esa curiosidad. Era, pues, inevitable que me informara de la aparición de nuevo modelo de teléfono de Apple, el Iphone 7.

Cuando leí las “novedades” que traía consigo sentí una sensación que no es nueva para mí, sobre la que he escrito en otras ocasiones y que me lleva a pensar que el mundo en el que vivimos ha perdido la cabeza. Este teléfono, que en algunas de sus versiones costará más de 1.000 euros, se presenta supuestamente como el último grito pero ¿qué añade? Además de que se puede mojar, unos auriculares sin cables (que justifican vender una pieza nueva para quienes vengan usando los antiguos de modelos anteriores y que por sí solos valen creo que algo más 150 euros) la innovación que contiene es de un rendimiento impresionante y el disponer de una cámara de fotos que parece que será capaz de hacer no sé cuántas versiones de la toma cada en milisegundos, o algo así, para que el resultado sea perfecto. Tan perfecto que, según he leído, en el evento público de presentación no se pudo demostrar que efectivamente lo es, porque la gran pantalla del salón no tenía definición suficiente. Lo mismo que seguramente pasará cuando se tenga en la mano porque díganme ustedes si el ojo humano es capaz de distinguir entre unos niveles tan extraordinarios de perfección como los que proporcionará este nuevo aparato. Y todo ello, en medio de las noticias de esta última semana sobre las prácticas fiscales de Apple.

No dudo que esa novedad, y otras que seguramente contenga el teléfono, pueden tener una gran utilidad en determinadas actividades: lo imagino, por ejemplo, en manos de cirujanos que necesiten contemplar con la máxima precisión un tejido u órgano. O de los fotógrafos profesionales. Sin duda, el desarrollo tecnológico que conlleva ese teléfono es ejemplar y quizá muy valioso. Pero me parecía a mí que, en el día a día, que es al fin y al cabo para lo que sirve un teléfono móvil, se trata de una tecnología, digámoslo así, desproporcionada.

Inmerso en esas reflexiones no muy profundas se me ocurrió escribir una frase en mi cuenta de Twitter. Una simple ironía con la que hacer pensar sobre lo que a mí me parece una enorme desproporción. Tomé una de las frases con las que se promociona el Iphone 7 y escribí: “El nuevo iPhone reconoce la imagen y hace más de 100 millones de operaciones en 25 milisegundos. Esencial e imprescindible en la vida diaria”.

A partir de ahí no se imaginan ustedes la que me caído. No solo me han acusado de hacer propaganda de Apple sino de ser un “comercial del capitalismo”, de estar drogado o de cobrar por decir eso y algunas cosas más que ya quedarán para siempre en la red.

Es verdad que expresé una opinión en unas pocas palabras, sin pensarlas mucho y que los matices simplemente están ausentes, pero creo que ni siquiera así se pueden justificar el tipo de reacciones que se reciben en la red y que siempre siguen más o menos la misma secuencia: interpretación sin contexto alguno e insulto a continuación. Yo creo que cualquiera que haya leído dos líneas sobre mí

puede saber sin lugar a dudas que no me dedico precisamente a hacer publicidad de este tipo de empresas.

Pero, para colmo, no terminó ahí la cosa.

Esta mañana, muy a primera hora y mientras viajaba a Madrid, leí un artículo que tenía pendiente: *Confronting the Parasite Economy. Why low-wage work is bad for business—and all of us.*

Me pareció interesante pues su autor hace una crítica durísima al régimen salarial y de explotación laboral que se ha impuesto en Estados Unidos en los últimos años.

Los datos que proporciona son impactantes y muestra que una gran parte de las ayudas sociales, de comedor, vivienda, etc. que da el gobierno van a personas que trabajan pero con salarios tan bajos que no pueden sobrevivir.

La que él llama economía real proporciona salarios dignos e ingresos el Estado para poder sufragar la educación y el bienestar de millones de personas. Pero la que califica de economía parásita de las grandes corporaciones es una economía subsidiada y que vive de la explotación del trabajo. Y la llama parásita no solo por esto último sino porque con los sueldos de miseria que paga arruina al resto de las actividades económicas. “Si ningún negocio quiere clientes que ganen 7,25 dólares la hora ¿por qué permitimos que haya esos salarios?”, dice.

Denuncia que una cuarta parte de sus conciudadanos son pobres y que la mayoría de ellos, en contra de lo que se cree, trabajan para las grandes corporaciones. Y que el 47% de los niños que nacen en Estados Unidos necesitan ayudas del Estado porque sus familias carecen de ingresos suficientes.

La explicación que da de todo eso es que el mercado de trabajo se encuentra en un profundo desequilibrio porque los compradores de fuerza de trabajo (capitalistas) y los vendedores (trabajadores) tienen un poder de negociación muy distinto debido a la pérdida de peso de la negociación colectiva. Y porque los trabajadores tienen recursos limitados y necesidades inmediatas que le obligan a aceptar lo que le ofrezcan, mientras que la mayoría de los empleadores pueden aguantar sin sufrir demasiado daño. El autor del artículo lo dice muy claro: los empleadores imponen salarios más bajos porque pueden, porque tiene poder para ello.

El autor pone ejemplos de Estados e incluso de empresas que han mejorado su economía y sus resultados cuando han subido los salarios e incluso afirma que una subida de 1 dólar a la hora en el salario se traduce en un incremento de 2,08 dólares en el ingreso total nacional como resultado del efecto multiplicador que tiene una mayor capacidad de gasto que se va diseminando por la economía.

Su artículo termina diciendo que “en ausencia de acción colectiva, la economía parásita seguirá pagando salarios parásitos, empobreciendo a la economía real. Pero cuando los salarios mínimos se elevan razonablemente todo el mundo prospera”.

Como el artículo me pareció interesante y no conocía al autor, Nick Hanauer, fui a mirar quién era y descubrí que se trata de un empresario bastante conocido en Estados Unidos. Un empresario que ha liderado interesantes movimientos de activismo social en defensa de las libertades, la educación pública y la igualdad.

Aunque el artículo estaba en inglés me pareció interesante difundirlo. Y mucho más porque quien decía eso (que perfectamente casa con lo que dicen los sectores más progresistas o radicales) no era un rojo extremista sino un empresario que ha creado más de 30 empresas. Por eso escribí en Twitter: “Afortunadamente, hay capitalistas inteligentes que luchan contra la sinrazón del capitalismo. En España, muy pocos”. Esa es mi sincera opinión. Me alegra que

haya incluso capitalistas que se dan cuenta que la explotación del trabajo solo lleva a la ruina de todos y que, en mayor o menor medida, abrazan la causa de las libertades civiles.

No pueden imaginarse lo que a partir de entonces me han dicho: oportunista, sinvergüenza redomado, palmero de empresarios, ignorante, dedicado a contar billetes, anticomunista... y más cosas que se me han ido olvidando a medida que las leía.

Ya me ha pasado otras veces pero este tipo de incidentes me sigue resultando desolador. Utilizo las redes sociales porque creo que es bueno difundir información, contribuir aunque sea pobre y modestamente a la reflexión colectiva y debatir en la medida en que esto se pueda hacer utilizando tan solo 140 caracteres, como en Twitter. Pero cuando uno se encuentra con esta lluvia de insultos hay que sacar fuerzas de no se sabe dónde para seguir porque la tentación de pensar que nada tiene arreglo es muy fuerte.

Las redes son importantes, sin duda, pero han reforzado actitudes y comportamientos que solo reflejan las manifestaciones más groseras de la inteligencia humana (o de su carencia), del desafecto y la mala sangre.

No es algo propio de ninguna corriente política. Se puede encontrar este tipo de reacciones llenas de insultos entre personas de extrema derecha y o de extrema izquierda y es lógico porque quienes se definen como liberales, socialistas, comunistas o cualquier otra cosa pero actúan así, solo a base de insultos y sustituyendo la reflexión por la embestida, no tienen en realidad ideología alguna.

Es algo desgraciado pero que ocurra en la red es en cierta medida lógico, pues el anonimato con que generalmente se actúa en ella permite que el ridículo, la ignorancia, la zafiedad o la desvergüenza no se tengan que asociar con nombres y apellidos concretos de una persona. Pero lo que resulta ya mucho peor es cuando esa manera de actuar se lleva a la vida pública, a la política. Quizá en ella no se oigan exabruptos tan gigantescos como en la red pero la descalificación e incluso el insulto a la inteligencia, la mentira y la carencia total de rendición de cuentas, la embestida de unos contra otros, empiezan a ser ya la moneda común en dirigentes de todos los partidos, sin excepción. Y eso sí que es preocupante. Se empieza así y se acaba a tiros entre amigos y hermanos. No hay futuro en paz, es decir, no hay futuro ninguno, sin reflexión, sin respeto y sin afecto mutuo. Hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para frenar esta deriva a la barbarie.

Para reactivar la economía, emplear a más mujeres

Septiembre de 2016

Muchos economistas lo venimos diciendo desde hace mucho tiempo. Facilitar la incorporación de las mujeres al empleo no es solo una estrategia esencial para evitar la discriminación injusta entre mujeres y hombres y para que éstas últimas puedan elegir y realizarse como personas en las mismas condiciones y con la misma libertad que los hombres. Además de eso, que no es poco, favorecer el empleo de las mujeres es fundamental porque la evidencia empírica demuestra que cuando una mujer se incorpora al empleo remunerado el número total de empleos de la economía no aumenta solo en una persona sino en algo más. Eso es así porque el empleo femenino (dicho con palabras muy llanas) “tira” de otros puestos de trabajo remunerados adicionales y porque, además, aumenta la demanda total, lo que hace que sean necesarios más empleos para satisfacer el consumo adicional de las nuevas mujeres con ingresos propios.

Lina Gálvez y Ruth Rubio-Marín acaban de publicar un artículo muy interesante con propuestas para lograr ese objetivo (El mercado tiene sexo: ¡la desigualdad también!). Y, casualmente, acaba de publicarse una nota del Fondo Monetario Internacional que insiste en que para impulsar el crecimiento lo que conviene es emplear a más mujeres (*To Boost Growth: Employ More Women*).

Me alegra que una institución tan conservadora, habitualmente reacia a hacer planteamientos que se salgan del pensamiento mayoritario y que tanto ha dificultado la incorporación de las mujeres al empleo remunerado, imponiendo políticas que reducen el gasto social y la provisión de servicios públicos, esté empezando a asumir que es fundamental cambiar de rumbo. Años atrás, algunos de sus economistas publicaron estudios que demostraban que, cuanto más empleo femenino hay, se generan mejores rendimientos macroeconómicos, y ahora menciona un caso exitoso como es del Canadá.

Según los análisis que se han realizado para este país, si desapareciera la brecha entre la tasa de actividad de la población masculina y la femenina (de 7 puntos porcentuales a favor de los hombres) el PIB de Canadá sería un 4,5% más elevado que el actual. Aunque ya sabemos que el PIB es un indicador bastante bruto, al menos sirve ahora para indicarnos que el efecto de esa mayor actividad femenina no es poca cosa.

Al leer esos datos he pensado los avances que se podrían producir en España si nuestros gobiernos adoptaran políticas efectivas para promover el empleo femenino como las que proponen Lina Gálvez y Ruth Rubio-Marín en su artículo mencionado o en otro trabajo anterior y más amplio titulado Por una política económica que incorpore la igualdad de género. Y si, además, entendieran que para crear empleo masculino o femenino (y, en general para generar ingresos dignos para toda la población) es fundamental modificar la distribución de los tiempos de trabajo y, sobre todo, asumir de manera efectiva como principio de actuación que el trabajo humano no es una mercancía. Un principio, por cierto, que muchísimos países (entre ellos España) han asumido al ratificar la Declaración de Filadelfia de la Organización Internacional del Trabajo que así lo señala expresamente.

En nuestro país, la diferencia entre la tasa de actividad de mujeres y hombres es aún mayor que la canadiense (11,3 puntos, según la EPA del segundo trimestre de 2016), lo que quiere decir que, posiblemente, podríamos lograr un impulso incluso aún mayor si la hiciésemos desaparecer. Pero, eso sí, siempre que esas políticas no se lleven a cabo de cualquier forma.

La brecha en las tasas de empleo de mujeres y hombres ha disminuido muchísimo en los últimos años en España (del 24,7 a 11,2, según Eurostat: aquí o aquí). Sin embargo, esa disminución no se puede considerar como un

fenómeno por sí solo positivo. Se ha producido a costa de una gran precarización del empleo y de un incremento muy grande de las mujeres empleadas, contra su voluntad, a tiempo parcial, lo que ha reforzado la división de trabajo tan sesgada que “especializa” a las mujeres en el trabajo doméstico, al que dedican cada vez más horas y muchas más que los hombres.

Si en España se pudiera conformar un gobierno de progreso apoyado en una amplia mayoría parlamentaria, una de sus tareas más importantes debería ser la de poner en marcha, en colaboración con todas las autonomías y administraciones locales, una estrategia estatal para la igualdad y la corresponsabilidad entre mujeres y hombres que facilitara de verdad el empleo femenino. El impulso económico que produciría sería extraordinario y el aumento del bienestar que llevaría consigo mucho más impresionante.

Desgraciadamente, los dirigentes de los partidos que podrían llevar a cabo un plan de este tipo prefieren seguir tirándose los trastos a la cabeza.

Los retos de las izquierdas

Octubre de 2016

Este texto forma parte del número 4 de los Documentos de Debate del Grupo Ruptura para la transformación social titulado Los retos de la izquierda en el Estado español: ¿cómo afrontamos el nuevo ciclo? Su contenido completo puede leerse aquí. También ha sido publicado en ctxt.es

La coyuntura que vivimos en España es el resultado de una confluencia de circunstancias excepcional que ha dado lugar a una expectativa grande (y me atrevería a decir que inevitable) de cambio político.

Por un lado, es el resultado de una crisis que esta vez ha dejado ver con toda claridad (como quizá no había sucedido nunca antes) la naturaleza corrupta y fraudulenta del capitalismo, lo que ha permitido que las respuestas a los problemas económicos planteados hayan tenido una componente antisistémica inevitable y más potente y nítida que nunca antes (aunque, por eso, también las defensas del sistema han debido reforzarse de modo extraordinario). Eso ha explicado que los movimientos de indignación y la movilización en general hayan sido muy fuertes, extendidos y plurales.

Por otra parte, esa crisis económica muy profunda ha coincidido en España con otra también muy grave de la institucionalidad en la que se basó el régimen de la transición y que ha puesto en cuestión el status quo en materias tan relevantes como el Estado de las autonomías, la monarquía, los partidos políticos, los pactos entre las oligarquías y nacionalismos centrales y periféricos, o incluso la naturaleza de nuestra relación con el marco europeo, entre otras. El desaprecio y rechazo institucional que ha producido esta segunda crisis (sobre todo por la corrupción generalizada que la acompaña) ha reforzado la indignación generada por la anterior, ha debilitado la capacidad de maniobra y de respuesta de las fuerzas del sistema ante ambas crisis y ha obligado a que la respuesta a la crisis institucional también haya debido tener componentes (al menos discursivos) forzosamente situados fuera del marco hasta ahora habitual (horizonte constituyente, República, planteamientos federalistas de diverso tipo, formas o estilos de la democracia, pertenencia al euro o incluso a Europa...).

Ambas circunstancias o crisis (o, mejor dicho, su coincidencia) son las que han permitido o provocado que la respuesta social y política haya sido, e incluso todavía esté siendo, de una fortaleza también inusual que se ha manifestado en lo que, solo para entendernos, podríamos denominar como en el fenómeno “Podemos”. Por primera vez desde el final de la dictadura ha habido un sujeto político nacido de una movilización social específicamente puesta enfrente de la institucionalidad dominante y claramente dispuesta a actuar sin voluntad de ser parte del aparato de dominio social (algo que, en cuanto dejó de ser indisimulado, provocó lógicamente una respuesta también inusualmente contundente por parte del sistema). Por primera vez, tenía presencia política decisiva quien expresamente deseaba hacer y hacía política extramuros del régimen de la transición y quien, a poco que tirase del hilo de la crisis económica, se encontraría inevitablemente en posiciones antisistema (ni siquiera por voluntad propia sino porque la crisis es sistémica).

Sin embargo, mi opinión es que el impresionante impulso con que se fue manifestando y desarrollando ese proceso de irrupción política no solo de un nuevo sujeto, sino también (y eso era igual de importante) de un nuevo movimiento social, de un nuevo ecosistema de la política, de un nuevo lenguaje y de una nueva “georreferencia” de las alianzas, ha entrado en barrena desde hace algún tiempo. Y me temo que en España también pueda ocurrir que la llamada Gran Recesión termine, desde el punto de vista de la respuesta social, en la Gran Frustración o la Gran Decepción (francamente, me siento ahora incapaz de decidirme por un término o por otro, quizá, porque en el fondo creo que deberían

utilizarse los dos). Y no creo que haga falta señalar que la pérdida de casi un millón de votos en las últimas elecciones y la convicción generalizada de que si hubiera unas terceras se perderían aún muchos más, son los síntomas más visibles de ello.

En este contexto, el debate que suelo percibir sobre lo que ha ocurrido y sobre lo que podría ser que ya haya empezado a suceder me parece bastante elemental, por no decir que simplista. Básicamente se centra en discutir si la izquierda debe darle prioridad al trabajo institucional o al de “la calle”, si la batalla electoral es central o no, si hay que ser más o menos “radicales” en el sentido de subrayar o verbalizar con mayor énfasis el carácter antisistema de los proyectos políticos, si éstos deben revestirse de un barniz claramente de izquierdas o si deben presentarse como algo “transversal” y susceptible de ser asumido por sectores sociales tradicionalmente alejados de estos planteamientos o, incluso (como ocurre cuando escribo estas líneas) si el problema es “el tono” más o menos fuerte del discurso de los líderes.

Es posible que esté simplificando la situación, los términos del debate y la naturaleza de los discursos que se hacen (y de hecho me consta que ha habido aportaciones de gran interés sobre todo lo que está pasando). Pero, en cualquier caso, lo que quiero señalar es que me parece que (al menos con carácter general) no se está entrando a plantear y resolver lo que a mi juicio son grandes patologías que vienen afectando desde hace decenios a las izquierdas y que, a mi modo de ver, son las responsables de que sus proyectos políticos o experiencias de gobierno sigan estando abocados o a fracasar o a traicionar.

Como el espacio de esta aportación es muy reducido, me limito a presentar, de la manera más resumida posible y siempre en términos generales (sabiendo que hay excepciones a lo que señalo), las que me parecen más importantes y las que creo que en mayor medida influyen en el desinflamiento de la izquierda a la hora de dar respuesta a una situación de crisis generalizada que en principio era muy favorable para que de ella viniese el impulso y la orientación del cambio.

En primer lugar, me parece que las izquierdas siguen generalmente atadas a un concepto del progreso y la transformación social decimonónico que carece del componente más importante que puede y debe tener cualquier estrategia de cambio social que tenga al ser humano como eje central: el humanismo. Tengo la impresión de que las izquierdas actúan guiadas por una percepción mecanicista de la historia que hace creer que los cambios se producen simplemente operando sobre las grandes piezas o agregados abstractos de la vida social.

La principal consecuencia de ello es que las izquierdas no han aprendido a convivir con los seres humanos en su realidad cotidiana como personas ni a congraciarse con su diversidad. A las izquierdas todavía parece que les cuesta mucho trabajo entender que, aunque es evidente que existen clases y grupos sociales específicos y con características o incluso intereses objetivos comunes, los protagonistas reales de la vida y el cambio social son los seres humanos (ojo, no como individuos sino como seres sociales). De ahí que siga siendo proverbial su incapacidad para afrontar en paz y con eficacia el diálogo con la sociedad, y no solo con la más distante sino con la más próxima, con ella misma. Y de ahí el cainismo tan generalizado y presente.

Me temo que las izquierdas siguen sin ser capaces o sin tener deseo de ser amables, de ser humanas, y que carecen de prójimos. Hicieron suyas las banderas de la libertad y la igualdad pero dejaron a un lado la fraternidad. Y así es muy difícil que se hagan querer por quienes no compartan su credo o los postulados de su exclusiva razón (o incluso por quienes los comparten).

En segundo lugar, también tengo la impresión de que las izquierdas siguen teniendo una percepción fragmentada o incluso dicotómica de la realidad y de la acción social y que sus planteamientos carecen del sentido de la complejidad que es imprescindible para reconocer la realidad tal cual es. La supuesta disyuntiva entre lo institucional y la calle, o entre la reforma y la revolución son buenos ejemplos de ellos.

Quizá todo eso tenga mucho que ver con el hecho de que las izquierdas no han sabido crear un espacio de creación intelectual, de pensamiento y reflexión compartidos, de elaboración colectiva, de donde salga combustible cognitivo para la acción social y una especie de lengua franca a la hora de hacerle propuestas a la sociedad. Una de las consecuencias más paralizantes de esta carencia es la baja formación, la escasa cualificación y la poca preparación de quienes deberían ser mediadores o creadores de una nueva realidad y de efectos letales que no creo que sea necesario subrayar.

En tercer lugar, me parece evidente que las izquierdas siguen limitándose generalmente a ofrecer a la sociedad proyectos de futuro que solo se pueden asumir o no como se asumen las creencias religiosas, mediante actos de fe. Las izquierdas no han sabido “anticipar” el futuro que pregonan construyendo ahora experiencias de vida y organización social que de algún modo permitan visualizar el modo de vivir futuro y diferente que ofrecen a los demás.

Y me parece particularmente grave y paralizante que la izquierda más radical haya despreciado e incluso demonizado el reformismo que permite hacer cosas y vivir experiencias, y no solo hablar de ellas, que demuestran a la sociedad que las cosas pueden cambiar y, sobre todo, que permite que las personas se empoderen cuando comprueban que pueden construir otro mundo por sí mismas. Es normal que a la gente le cueste creer que quien es incapaz de transformar una minúscula parte sea capaz de transformar el todo.

En cuarto lugar, las izquierdas todavía llevan sus espaldas el lastre tremendo que supone haber renunciado en su día a hacer suyos los ideales de la democracia y los derechos humanos dejando en otras manos los mejores escudos sociales frente a las crisis y el sufrimiento que provoca el capitalismo

Finalmente, las izquierdas siguen siendo profunda y lamentablemente masculinas y completamente desentendidas del cuidado y del cariño como prácticas básicas de la vida (y, por tanto, de la política).

En suma, creo que, más allá de respuestas coyunturalistas, a la izquierda le hace falta pensar colectivamente antes de actuar, dialogar entre sí y con la sociedad en su conjunto con fraternidad, anticipar el futuro y poner en marcha experiencias de producción, consumo y de relación social novedosas, hacerse femenina y convertir la política en una dimensión más del cuidado, y entender que los cambios sociales no son una operación mecánica sino la obra de seres humanos muy diferentes, con intereses contradictorios y no siempre compatibles. Y ni siquiera así será fácil.

Tipos de interés negativos o finanzas que andan de cabeza

Versión ampliada del artículo con el mismo título publicado en Noticias Obreras, número 1.588 de octubre de 2016

Desde hace tiempo, algunos bancos centrales vienen aplicando tipos de interés negativos a los depósitos que en ellos realizan los bancos privados. Y eso mismo ha ocurrido con títulos de deuda pública que diversos países (entre ellos España) han emitido últimamente. Incluso algunos bancos comienzan a cobrar a sus clientes en lugar de retribuirles por sus depósitos, hasta el punto de que muchas personas que tienen grandes sumas de dinero en países como Japón o Alemania han empezado a comprar masivamente cajas de caudales para mantener sus fortunas en metálico.

El significado de los tipos de interés negativos es bastante claro: los prestamistas, en lugar de recibir una retribución por prestar a alguien, han de pagar por hacerlo. Y los depositantes, en lugar de ganar dinero cuando dejan sus fondos en una entidad, deben pagar también por mantener su dinero depositado en el banco. El mundo financiero al revés de lo que siempre habíamos conocido.

Se trata sin duda de una anomalía y puede parecer un sin sentido pero, en realidad, es hasta cierto punto normal que algo así ocurra cuando las economías y las finanzas se encuentran desde hace tiempo en una situación tan irregular, y casi al límite, como la actual.

La primera razón que explica que el precio del dinero sea negativo es su abundancia, la impresionante expansión de los medios de pago y de los depósitos bancarios que se ha producido en los últimos años.

Para hacerse una idea del incremento reciente de la masa monetaria puede bastar un solo ejemplo. En Estados Unidos, la llamada base monetaria (el efectivo en manos del público más los depósitos de los bancos en la Reserva Federal) aumentó en 821.585 millones de dólares en los 63 años que fueron de 1945 a 2008. Sin embargo, de principios de este último año a finales de 2015 aumentó en 3,1 billones de dólares. Es decir, que en 7 años creció unas 3,7 veces más que en 63. Cuesta trabajo hacerse una idea, ni siquiera aproximada, de lo que verdaderamente representa para la economía un crecimiento tan grande y generado en tan poco tiempo como el de estos últimos años (en solo los seis primeros meses de 2008 en Estados Unidos se creó más base monetaria -950.000 millones de dólares- que en los 50 años anteriores -840.000 millones).

Esa creación gigantesca de dinero se ha producido cuando los bancos centrales han inyectado billones de dólares en los bancos privados con la intención de tapar el agujero patrimonial que ellos mismos se produjeron al acumular la ingente cantidad de basura financiera que dio lugar a la crisis. La inyección se ha producido o bien a base de préstamos billonarios prácticamente regalados o de compras masivas de sus títulos para “reciclar” esa basura. Los bancos centrales se han ido quedando así con la porquería acumulada por la banca privada a precio sobrevalorado (gracias a que previamente les habían permitido mantenerlos en sus balances valorados a su precio de adquisición y no al mucho más bajo de mercado) y “a cambio” los bancos recibían billones de dólares. Eso es lo que se ha traducido en la subida impresionante de los depósitos de los bancos privados en los bancos centrales que multiplica como la espuma la base monetaria.

Teóricamente, esas inyecciones deberían servir, según la explicación oficial de las autoridades, para que los bancos concedieran más créditos. Una explicación simplista y falsa, por no decir que sencillamente estúpida: la economía mundial (no solo la de Estados Unidos) hubiera reventado si toda esa cantidad de billones (4,7 veces más que la que había a finales de 2006) se hubiera

diseminado por la economía de verdad y tan rápidamente como se creó. Los precios se hubieran disparado, cuando lo que ocurrió fue todo lo contrario, que la mayoría de las economías entró en deflación. Lo que buscaban era pura y simplemente rescatar a la banca cuando podrían haber rescatado a la gente con mucho menos dinero.

Lo cierto (y esa es la segunda explicación de los tipos negativos) es que la crisis reciente y la desigualdad de los últimos decenios ha debilitado en grado sumo las alternativas de inversión productiva. Aunque ha habido un cierto incremento del crédito, ni éste ha sido todo el que se corresponde con el aumento de la base monetaria que acabo de señalar, ni el suficiente para reactivar la economía. En Europa, la situación es particularmente curiosa al respecto porque las economías que más ahorran (Alemania y Holanda) apenas invierten y son las que generan así la abundancia de fondos ociosos: es decir, ellas mismas provocan los tipos bajos de los que luego se quejan.

La tercera razón que hace que una anomalía como los tipos negativos se mantengan es el predominio de la especulación. En principio y en condiciones normales, a ningún inversor le debería interesar colocar sus fondos a tipos negativos. Pero pueden interesar como apuesta cuando la hacen inversores especulativos tan poderosos que ellos mismos pueden generar tendencias alcistas de las que se aprovechan casi instantáneamente.

Además, con las finanzas patas arriba como están, con la gran incertidumbre dominante y con la ausencia de alternativas productivas rentables, tener el dinero sin utilizar también tiene un coste, de modo que los tipos negativos se explican también porque los inversores siempre preferirán perder un poco que perder más. Sobre todo, como acabo de decir, si se encuentran en medio de una dinámica especulativa permanente.

Por otro lado, las consecuencias de que los tipos de interés sean negativos no son exactamente tan positivas como en principio podría parecer.

Pensar que gracias a que los tipos estén más bajos los sujetos económicos que invierten en actividad real van a demandar más crédito me parece bastante ingenuo porque su demanda de crédito no depende solo de que el crédito sea barato. Solo aumenta cuando hay posibilidades de rentabilizarla y eso sigue muy complicado en la situación tan débil en la que, como he dicho, se encuentra la economía productiva.

Por el contrario, y por las mismas razones, los tipos de interés negativos son un incentivo para que siga aumentando el endeudamiento que tanto dicen querer controlar: el privado con el que se llevan a cabo las operaciones especulativas de todo tipo (las verdaderamente rentables cuando la desigualdad ha debilitado los mercados de bienes y servicios) y el de los gobiernos. Así que, al final, los tipos negativos no hacen sino aumentar la deuda que es el gran negocio de la banca y lo que los banqueros tratan de que crezca, sobre todo, cuando la banca internacional está totalmente quebrada desde hace tiempo y no es sino un zombi al que mantienen artificialmente los gobiernos y los grandes organismos internacionales por todos los medios posibles que tienen a su alcance. Y que son muchos gracias al extraordinario poder político y mediático que han acumulado.

Pero, desde otro punto de vista, los tipos negativos suponen un grave inconveniente para los bancos (aunque aumente su negocio, como acabo de señalar). Para poder mantener sus márgenes y beneficios deben recurrir a otros mecanismos que traen también consecuencias negativas, como la subida de las comisiones, las operaciones de maquillaje para ocultar nuevas pérdidas patrimoniales y los recortes de personal o de sucursales para reducir gastos que, a la postre, terminan limitando su propio éxito comercial. Y si llega a generalizarse que los bancos cobren a los clientes por sus depósitos (como ya está pasando en

algunos de ellos) será inevitable que se produzcan retiradas de fondos que darán lugar a que la insolvencia bancaria (que ya es un hecho) se haga indisimulable y patente ante todo el mundo. Y es por eso que los bancos y los economistas que viven de ellos estén promoviendo cada día con más fuerza que se acabe con el dinero metálico, que es el que sus clientes pueden retirar materialmente de sus cuentas y llevarse a sus cajas de caudales.

Otro efecto negativo que tienen los tipos negativos es que cuando el coste de la financiación es menor los inversores lógicamente pueden optar por productos más arriesgados, pues el coste financiero más bajo les compensa la mayor probabilidad de pérdida por el riesgo. Y eso es lo que hace que de la mano de tipos de interés negativos la economía financiera mundial en su conjunto se esté haciendo todavía más volátil y peligrosa.

La pregunta obligada ante todo esto es evidente: si la existencia de tipos de interés negativos tiene estos riesgos o perjuicios ¿por qué los bancos centrales los mantienen así y no los suben cuanto antes?

No es fácil responder en unas pocas líneas a esa pregunta fundamental pero apuntaré algunas hipótesis que a mi juicio pueden explicar la situación.

En primer lugar, porque a los bancos centrales no les queda más remedio que inyectar medios de pago para que las economías no se vengán abajo estrepitosamente. Es verdad que tratar de empujar la economía solo inyectando dinero en los depósitos de los bancos privados en el banco central es casi tan inútil como tratar de empujar un carro con una cuerda (como se ha comprobado en Japón, en donde no se consigue salir de la recesión a pesar de la masiva inyección monetaria). Pero es el único medio que tienen a su alcance cuando:

a) no quieren recurrir a la política fiscal que es más expansiva porque tendrían que renunciar a sus dogmas ideológicos sobre la estabilidad presupuestaria y asumir su efecto redistributivo más evidente para la población.

b) las economías no tienen fuerzas endógenas suficientes para ponerse en marcha con vigor debido (ya lo he señalado) al debilitamiento progresivo de la economía productiva en perjuicio de la basada en la especulación financiera.

c) se niegan, sobre todo, a que la economía se recupere incrementando la masa salarial.

En segundo lugar, recurren a los tipos negativos porque la concentración cada vez mayor de la renta en grupos que solo gastan en consumo una parte muy pequeña de lo que ganan ha debilitado la actividad económica dedicada a producir bienes y servicios y eso se traduce en una deflación (precios a la baja) que tratan de evitar aumentando la masa monetaria. Algo que, sin embargo, apenas van a lograr porque para que subieran los precios el dinero creado por los bancos tendría que ir a la economía y no quedarse en los depósitos o los balances de los bancos privados, tal y como señalé antes.

En tercer lugar, porque, como ya he dicho, gracias a esa masiva creación de dinero aumenta la deuda que es el negocio de la banca, de modo que se permite así que los banqueros sigan ganando cifras fabulosas de dinero a pesar de que sus negocios están materialmente quebrados. Un portentoso juego de manos que los bancos centrales y los banqueros perpetran ante nuestros ojos sin que apenas nadie se dé cuenta del engaño.

Finalmente, hay que tener en cuenta las condiciones en las que se mueven la economía mundial y las finanzas en particular en los últimos años y, sobre todo, tras la crisis. Entre otras, la hipertrofia de la circulación monetaria que ha descompensado cada vez más la relación entre la economía real y las finanzas; la espiral de una deuda extraordinariamente peligrosa y que se ha convertido en un fin en sí mismo porque es el gran negocio de la banca; la especulación generalizada a base de operaciones realizadas en milisegundos; y la

desigualdad creciente que debilita la producción de riqueza, el comercio y el negocio productivo. Todas esas condiciones han sido muy exitosas desde el punto de vista de reforzar la ganancia y el poder de los grupos económicos más poderosos, de las elites de todo el planeta pero han dado al traste con el “orden” económico que hasta ahora podía explicar y ayudar a gobernar la “sabiduría” económica convencional dominante. Desde hace un tiempo, y sobre todo tras la crisis como acabo de decir, no tienen ya una guía de acción que les asegure que van a poder gobernar la nave de la macroeconomía sin nuevos y cada vez mayores sobresaltos. Como dijo en su día el expresidente de la Reserva Federal Alan Greenspan, la crisis no solo colapsó la economía sino “nuestra estructura mental”. Ahora, como reconoció hace unos días la actual presidenta de ese organismo, Janet Yellen, la macroeconomía presenta rasgos completamente nuevos antes los cuales sirven de muy poco los instrumentos de expansión y estabilización hasta ahora utilizados. Van a la deriva porque ni saben el efecto de lo que hacen ni lo que tendrían que hacer para salir de dónde nos han llevado sus políticas erróneas anteriores y la codicia de la banca.

En definitiva, los tipos de interés son una anomalía. Desde luego que sí pero no solo eso: son una expresión más del desorden que crea el capitalismo de nuestra época.

Lo que no sabemos es por cuánto tiempo se podrá mantener tanta sinrazón solo a base de concentrar el poder, de exprimir el trabajo ajeno y de aumentar el endeudamiento. Los tipos de interés no pueden ser negativos toda la vida y la deuda no puede seguir creciendo sin explotar así que lo que queda por ver es quién y cómo le pone el cascabel al gato.

Europa empieza a dar asco

Publicado en ctxt.es el 4 de diciembre de 2016

Los dirigentes europeos parecen empeñados en que no pase un día sin que las personas corrientes tengamos que sentir algo más que vergüenza de lo que hacen en materia económica (por no hablar de otras decisiones en temas incluso de mayor calado humano como el de los refugiados).

Se siente vergüenza cuando se empecinan en aplicar políticas que son un manifiesto fracaso pero se siente algo peor cuando se comprueba que no lo hacen por error sino como una farsa gigantesca para poder darle todavía más a los que ya lo tienen casi todo.

Se dijo por activa y pasiva que los recortes sociales y las ayudas multimillonarias a la banca eran la condición necesaria para recobrar la actividad y el empleo, para reducir la deuda y para asegurar definitivamente al sistema financiero. Pero lo cierto es que desde que empezaron a aplicarse en la Unión Europea al estallar la crisis hay unos siete millones menos de empleos a tiempo completo, seis millones más de parados, otros casi seis millones más de empleos no voluntarios a tiempo parcial (en la UE28), cinco millones más de personas en riesgo de pobreza y 35 puntos más sobre el PIB de deuda pública (en la Eurozona). Y los bancos se siguen encontrando en insolvencia y muchos de ellos a punto de estallar de nuevo en cualquier momento. Pero eso no es solo un fracaso o un error sino un engaño porque eran multitud los economistas que habían advertido que esto era justamente lo que iba a ocurrir cuando las autoridades decían a los ciudadanos que sus políticas frente a la crisis eran seguras, las adecuadas y plenamente infalibles.

Se siente algo mucho peor que vergüenza cuando se tiene noticia de propuestas como la que acaba de lanzar la comisaria europea de Mercado Interior, Elzbieta Bienkowska, como siempre de modo sibilino y completamente al margen de las instituciones representativas y del debate democrático.

Según ha dejado caer la comisaria, la Comisión Europea pretende promover un amplio programa de gasto militar que quedaría exento a la hora de calcular el déficit público que, como se sabe, no debe superar el 3% del PIB de cada economía.

Como he explicado en el libro que acabo de publicar (Economía para no dejarse engañar por los economistas. Ediciones Deusto), este criterio del tres por cien no tiene base científica ninguna. No hay nada, absolutamente nada que lo justifique. Se podría haber puesto el 1, el 5 o el 30 por ciento con el mismo fundamento económico, es decir, con ninguno. El criterio del 3% del PIB como límite del déficit público se lo inventó un funcionario francés, Guy Abeille, cuando su jefe le pidió alguna norma para que el recién elegido presidente Mitterrand pudiera frenar las demandas de más presupuesto que le hacían sus ministros. En unos minutos tuvo que inventarse algo siendo plenamente consciente de que no había ningún economista ni teoría económica alguna que proporcionara algo así. Pero como tenía que ofrecer rápidamente una solución a sus superiores se decidió por el 3%.

Tal y como reconoció el propio Abeille años después, el 1% o el 2% le parecía demasiado poco mientras que “el tres es una figura sólida que tiene detrás de él precedentes ilustres [...], un amplio eco en la memoria común: las tres Gracias, la Trinidad, los tres días de la Resurrección, los tres órdenes de la alquimia, la triada hegeliana, las tres edades de Augusto Comte, los tres colores fundamentales, el acuerdo perfecto..., la lista es infinita...».

Aunque pueda parecer mentira, esa y no otra es la teoría o la ciencia económica que hay detrás del criterio del 3% del PIB que se impone como límite del déficit público a las naciones europeas. Ninguna. Un engaño que hasta el que

fue presidente del Instituto Monetario Europeo, Alexandre Lamfalussy, reconoció sin tapujos: “Los gobernadores son gente demasiado honesta y que saben que los criterios son arbitrarios. Yo jamás habría aceptado cifras de este género”.

El criterio del 3% es una arbitrariedad, una farsa, pero, además, algo completamente inútil para lo que aseguraban que iba a servir, es decir, para reducir la deuda: cuando comenzó a utilizarse como criterio de cumplimiento obligatorio para todos los países la deuda era aproximadamente de un 55% del PIB, como media de los países europeos, y ahora, como he señalado, supera el 90%.

La prueba de que se trata de una cifra completamente arbitraria, que no se establece así porque sea mejor o peor para la economía o para reducir la deuda, sino como recurso de los dirigentes europeos para disciplinar y someter a los gobiernos y para anular su capacidad de maniobra, es que se puede incluir o dejar de incluir dentro de ese porcentaje lo que le venga en gana a quien lo impone. Si de verdad fuese imprescindible que el déficit público no sobrepase el 3% del PIB daría igual que fuese a causa del gasto militar o del gasto en educación porque no hay ninguna razón que pueda justificar que el gasto militar sea inocuo desde el punto de vista de la deuda que genere y cualquier otro no. Y si no hay ningún problema para dejar fuera del cómputo del déficit al gasto militar, con el exclusivo propósito de que los grandes grupos industriales hagan negocio con el dinero de la gente ¿por qué no se deja fuera el gasto social que es imprescindible para evitar que millones de personas vivan en la indigencia, pierdan su vivienda, carezcan de recursos y formación o incluso mueran por falta de atención? ¿dónde está escrito que la economía no se resienta si (al margen de ese 3%) se incrementa el gasto militar y que, por el contrario, sí sufra si aumenta el gasto social que se necesita para que la inmensa mayoría de la población sobreviva y disponga de bienes y servicios esenciales para su sustento diario? ¿qué argumento económico justifica que se pueda “perdonar” el déficit que genere el gasto militar y no el gasto necesario para salvar vidas humanas o el empleo y los ingresos de millones de personas y empresas?

No se cansen: no hay respuesta para esas preguntas. O, al menos, no hay respuesta económica, científica o razonable. Se permite el gasto militar y no cualquier gasto social o humanitario, o incluso de apoyo a la vida empresarial que crea riqueza efectiva, porque el criterio del 3% solo busca amedrentar a los gobiernos y a la ciudadanía para conseguir lo que efectivamente se viene logrando con él: que los más ricos y poderosos lo sean cada vez más.

Decía hace unos días el presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, que la integración europea se había debilitado en los últimos tiempos por los populismos. Una opinión que demuestra que las autoridades europeas han perdido completamente el norte y que no entienden el sentido de las cosas que están pasando y de las que se encuentran ya a la vuelta de la esquina en Europa. Eso que llaman los populismos no es lo que debilita a la integración europea sino la consecuencia de haber querido integrar a Europa a base de mentiras y de políticas que constantemente han dado como resultado lo contrario de lo que se decía que traerían consigo.

Cuando se ha hecho sufrir a millones de personas y cuando han muerto miles a causa de los recortes, cuando se han deteriorado los servicios públicos y no se ha atendido las necesidades básicas de la población porque, según se decía, había que cumplir a rajatabla la norma del déficit, y de pronto se dice que no hay límite para comprar armamento, carros de combate o minas, ¿tienen también culpa los populismos del asco o de los negros fantasmas que comienzan de nuevo a recorrer a Europa?

Sobre la moneda de Barcelona: crítica a los hipercríticos

Publicado en ctxt.es el 18 de noviembre de 2016

En España circulan más de 30 monedas diferentes al euro pero solo cuando se anunció que el Ayuntamiento de Barcelona gobernado por Ada Colau tenía previsto impulsar la creación de una en su territorio ha sido cuando se ha generado polémica al respecto.

Lamentablemente, esa polémica (deseable y enriquecedora cuando es rigurosa y franca) ha estado teñida por la animadversión que el fenómeno Podemos produce en muchos analistas y eso ha empobrecido el debate sobre monedas complementarias, que debería ser tan necesario como esclarecedor, entre los economistas más mediáticos.

El primero en atacar fue José Carlos Díez (cuando ni siquiera se sabía qué se pensaba hacer en Barcelona) con un artículo en *El País* titulado Ley de Gresham, en el que lamentablemente demostraba no saber ni siquiera lo que decía esa ley tan popular en economía. El conocido economista aseguraba que una moneda mala (como en su opinión iba a ser la de Barcelona) sería sin duda desplazada por el euro, porque “siempre la moneda buena es preferida a la mala”. Se equivocaba profundamente Díez en su juicio, primero, porque Gresham se refería a monedas de contenido metálico (lo que no es el caso del euro ni con toda seguridad de ninguna otra nueva moneda) y, segundo, porque lo que dijo en realidad el comerciante y financiero inglés fue lo contrario, es decir, que la moneda mala (por tener menos o peor contenido metálico) es la que circula y desplaza a la buena (que deja de circular para ser utilizada como metal). Además, al atacar al proyecto barcelonés no distinguía los efectos diferentes que tienen los distintos tipos de monedas locales que pueden existir (complementarias, locales, sociales... de crédito mutuo o respaldada por bienes, por ejemplo) y, ni siquiera, la diferente naturaleza de los distintos tipos de medios de pago que hoy día circulan o pueden circular en nuestras economías (dinero legal, dinero de curso forzoso, dinero bancario, criptomonedas, etc.). Y, lo que es peor, mentía Díez cuando decía que tanto Ada Colau en Barcelona como Joan Ribó en Valencia habían propuesto crear una moneda social “para pagar a sus funcionarios” o para “monetizar déficit público” algo que, como veremos enseguida, es imposible que ocurra.

Hace unos días, mi buen amigo (a pesar de las diferencias intelectuales) Daniel Lacalle ha escrito también sobre la propuesta catalana (¿Bienvenido a los “Colaus”? Monedas locales, bomba de relojería) pero creo que incurre en algunos errores graves que me gustaría señalar para contribuir al debate.

El primer error de Daniel Lacalle es que critica el proyecto de crear una moneda local en Barcelona sin saber cuál será su naturaleza, sus reglas de funcionamiento y, por tanto, sus efectos. Es decir, critica como si ya existiera lo que todavía no existe.

El segundo error es que, como no tiene delante el modelo de Barcelona, se inventa uno para criticar a las monedas locales en general y, para poder criticarlo más cómodamente, les achaca todas las malas características que cualquier moneda local mínimamente bien diseñada nunca tendría.

El tercer error, por tanto, es que mezcla características de unos tipos de monedas con otros y hace un batiburrillo que no tiene ningún sentido. En el mundo hay una enorme variedad de monedas complementarias, locales, sociales... cada una de ellas con reglas de funcionamiento muy diferentes. Generalizar el análisis, como hace Daniel Lacalle, es un error de principiante.

Se desconoce cuál es el modelo de moneda local que tiene Daniel Lacalle en la cabeza (porque no lo menciona ni describe) pero es fácil comprobar que si Barcelona eligiese un modelo de moneda local idéntico o parecido al de las

monedas locales que han tenido éxito en muchas partes del mundo nunca ocurriría lo que dice Lacalle (equivocadamente) que ocurre siempre con las monedas locales. Supongamos, por ejemplo, que Barcelona eligiese el modelo de Bristol. En ese caso, es meridianamente claro que sus críticas carecen de fundamento:

a) La moneda de Barcelona (como la de Bristol) no estaría sujeta al “derretimiento” u “oxidación” que critica Lacalle, creyendo erróneamente que es una característica común a todas las monedas locales. La oxidación significa que con el paso del tiempo la moneda va perdiendo valor (por eso se dice que se “oxida”). A Lacalle le parece que esto es un problema porque está pensando en el dinero como depósito de valor (y en ese caso sí que sería una barbaridad que una moneda se oxidara, es decir, que perdiera valor con el paso del tiempo y que hubiera que gastarla pronto, como ocurre, por cierto, con las monedas de curso legal y forzoso, como el euro, cuando hay inflación). Pero lo que ocurre con algunas y no con todas las monedas locales es bien sencillo: lo que se busca con la oxidación es que las monedas no se acumulen porque no se quiere que se conviertan en depósito de valor (para ello ya está la de curso forzoso) sino utilizarlas como un medio de cambio que circule más o más rápido cuando la de curso forzoso no lo hace o circula con menos velocidad de la que es conveniente para promover suficiente actividad económica. En todo caso, Lacalle se equivoca con esta crítica porque la oxidación solo tiene sentido que se aplique a monedas con entidad material y no con las que funcionan a través de anotaciones contables. Y porque la libra de Bristol, aunque tiene entidad física, no es “derretible” u “oxidable”.

b) La moneda de Barcelona (como la de Bristol) tendría respaldo completo, al 100%, en euros (la de Bristol en libras esterlinas). Es decir, que no se podría crear más cantidad de moneda barcelonesa que la cantidad de euros establecida como respaldo. Por tanto, no es verdad que, en este caso, la moneda fuese “una moneda sin respaldo real”, como anticipa Lacalle.

c) La moneda barcelonesa (como la de Bristol) no sería emitida por el ayuntamiento sino por una asociación de comerciantes o ciudadana de cualquier otra naturaleza. Por tanto, en este caso, tampoco sería cierto, como dice Lacalle, que la pudiera crear el gobierno local a su antojo.

d) El ayuntamiento de Barcelona (como el de Bristol) no podría utilizar la moneda local, como dice Lacalle, “para disfrazar aumentos de gasto y de deuda”. Para aumentar gasto con moneda local en Bristol (e igual pasaría en Barcelona si, como estamos suponiendo, siguiese su modelo) el ayuntamiento debe adquirir previamente moneda local a cambio de libras (o de euros en Barcelona). Otra cosa es que, como consecuencia de que haya más actividad económica gracias a la moneda local (ese y no otro es su objetivo en realidad), aumenten los ingresos del gobierno local y pueda, así, aumentar su gasto, pero sin que aumente entonces la deuda.

e) En el caso español, ni el ayuntamiento de Barcelona ni ningún otro podrá pagar forzosamente a sus empleados en una moneda que no sea la reconocida para ello por las leyes laborales y generales. Tampoco podría exigir a nadie que le pagara los impuestos en moneda distinta a la de curso legal y forzoso. Eso sólo podría ocurrir en ambos casos si fuera voluntariamente, lo mismo que sería posible incentivar el uso de la moneda local estableciendo una especie de “bonus” a favor de quien la utilizara para pagar o cobrar del ayuntamiento. Lo mismo que se hace en otros muchos ámbitos sin que nadie se escandalice.

Con independencia del modelo que se elija finalmente, el ayuntamiento de Barcelona (como el de Bristol) nunca podría obligar “a los ciudadanos y comercios a utilizarla asignando unilateralmente los negocios o comercios en los que se puede utilizar” o usarla “para subvencionar políticamente a sectores

predefinidos”, como dice Lacalle. Este se equivoca también en este caso porque las monedas locales son complementarias a las de curso legal y forzoso, pero nunca las sustituyen forzosamente.

También se equivoca Lacalle cuando dice que este tipo de instrumentos “lo garantiza una corporación local que no tiene legitimidad ni estatal ni europea, ni reconocida por el BCE, ni tampoco –ojo– de sus propios ciudadanos para emitir moneda y menos garantizarla con un valor 1 a 1 equivalente a la moneda de curso legal”. Ya he señalado que la moneda local no tiene por qué emitirla ni garantizarla una corporación local (en Bristol la crea una asociación privada sin ánimo de lucro apoyada por el ayuntamiento y la Bristol Credit Union). Pero esa moneda local sí que puede tener legitimidad legal, claro que sí. Nada hay en Europa que impida que circulen esas monedas: lo hacen legalmente y con éxito en Italia, Francia, Alemania, Reino Unido... Y para nada amenazan a las monedas de curso forzoso con las que corren paralelas. ¿Por qué no entonces en España o en Barcelona?

Y, finalmente, es una pena que se equivoque Lacalle cuando achaca a la izquierda la promoción del “monetarismo inflacionista” y los grandes males financieros (por no hablar de que tenga que recurrir al “argumento Maduro”, en sustitución de otros de peso económico). Solo se engaña quien quiere engañarse y lo cierto y verdad es que las grandes catástrofes monetarias y financieras de la historia no han venido precisamente de mano de las izquierdas sino más bien de los grandes centros de poder privado. Y si hay algo que tratamos de combatir los economistas de izquierdas (y también otros muchos de derechas) es precisamente el modelo de crecimiento impulsado en la deuda que fomentan las grandes corporaciones industriales y financieras y la deuda en sí misma que no es sino el gran negocio de los bancos y la mayor esclavitud que puede caer sobre las personas y los pueblos.

Las monedas locales sirven precisamente para tratar de escapar de esa esclavitud de la deuda que genera el sistema de creación de dinero bancario ex nihilo, desde la nada. Se trata, justamente, de evitar que el negocio bancario de crear deuda constantemente siga ahogando a las economías y, frente a eso, de ayudar a que haya más y mejor actividad económica.

En definitiva, la crítica que se hace a un proyecto que nadie conoce, como el de Barcelona, se basa en crear un monigote de referencia (con todas las características negativas que solo podría tener una moneda local diseñada a propósito para fracasar) y lanzar contra él una artillería que parece muy pesada pero que en realidad no tiene ningún fundamento científico. Lo que parece mentira es que economistas que defienden el mercado pongan este tipo de pegadas a procedimientos que en realidad lo que tratan de conseguir es que el mercado funcione a pesar de los problemas de desigualdad y exclusión que tan a menudo genera.

A estas críticas al proyecto catalán se unió de pasada el subgobernador del Banco de España, Fernando Restoy, quien al parecer ha afirmado que algo así es “indeseable” e “imposible. Una opinión completamente extravagante. No se puede entender que una moneda local sea imposible en España cuando hay tantas en otros países ni tampoco que sea indeseable si se diseña correctamente y es capaz, por lo tanto, de producir los efectos benéficos sobre los mercados que produce en otros lugares. También al Banco de España (una de las instituciones, por no decir que la que más se equivoca habitualmente en sus predicciones) le sobra conservadurismo, servidumbres hacia los grandes poderes financieros privados y, sobre todo, anteojeras ideológicas que le nublan la realidad que se encuentra a medio metro de sus ojos.

Es evidente que este tipo de monedas no son la panacea. Ni son “una bomba de relojería”, como dice Lacalle, ni son el bálsamo de Fierabrás, como

creen algunos. Son un instrumento más, pero muy a tener en cuenta hoy día porque, si hay algo obvio, es que el mundo de las finanzas está patas arriba y ha creado ya demasiados desastres. Por eso, en lugar de descalificar estas experiencias y propuestas con tan escaso fundamento lo que a mi juicio se debería hacer es leer más a favor y en contra, analizar separadamente la utilidad de instrumentos que en realidad son de muy distinta naturaleza (moneda complementaria al euro a escala nacional, monedas complementarias regionales o locales, monedas sociales, criptomonedas,...) y mantener sobre todo ello un debate transparente y en positivo.

Banco de España: ¿incompetencia o corrupción?

Mayo de 2016

El Banco de España es quizá la institución pública más poderosa de España. No dicta leyes pero puede hacer que no se promulguen. No toma decisiones sobre política económica general pero puede evitar que se adopten. Es completamente independiente y nadie le puede pedir cuentas, aunque puede influir y de hecho influye sobre la manera de pensar y sobre lo que ocurre con el bolsillo de todos los españoles.

En su seno trabajan los que quizá sean los empleados públicos más privilegiados de España. Reciben elevadísimos sueldos y pensiones (el ex gobernador Fernández Ordóñez recibió una indemnización de 95 días por año trabajado en el Banco cuando lo dejó), disponen de residencias de verano prácticamente gratuitas, reciben créditos casi regalados, además de otras muchas prebendas de todo tipo...

No cabe duda de que allí trabajan los economistas mejor preparados y los que disponen de mejores medios para analizar la realidad, pero el Banco de España es un completo desastre a la hora de hacer análisis y de llevar a cabo las funciones que la ley le encomienda.

Como ya va siendo bien sabido, sus directivos no se se apercebieron de la burbuja inmobiliaria ni de los problemas que estaban acumulando los bancos y cajas españoles o, mejor dicho, no hicieron nada para evitarlos, a pesar de que los inspectores lo advirtieron por escrito (ver ¿Para quién trabaja el Banco de España?).

La escuela de negocios ESADE publica anualmente una “diana” en la que se muestra el grado de acierto en sus predicciones de diversas instituciones. Pues bien, el Banco de España es la que peores resultados tuvo en predicción del PIB y del empleo en 2015, la tercera peor en 2014 en ambas, y la segunda peor en predicción del PIB y la tercera en empleo en 2013. Demoledor suspenso en toda regla.

Entre las funciones del Banco de España se encuentra la de “supervisar el cumplimiento de la normativa específica de las entidades de crédito” y, lógicamente, eso lleva consigo evitar que éstas cometan abusos contra sus clientes. Pero también en este campo su actuación es mucho peor que deficiente como saben millones de españoles que han sido estafados por los bancos en los últimos años.

Ahora, el ingeniero sevillano Antonio Moreno, conocido porque desde hace años viene denunciando los fraudes que cometen las empresas eléctricas con la complicidad de los gobiernos y la judicatura (ver su web estafaluz.com) acaba de hacer otra denuncia que pone de relieve la actitud pasiva del Banco de España ante lo que se puede considerar como un auténtico robo por parte de los bancos (más detalles aquí: [El jubilado de las eléctricas golpea de nuevo: “Hay miles de hipotecas fraudulentas”](#)).

Moreno ha descubierto en un caso concreto que la entidad Caixabank no utiliza con su cliente el sistema de amortización de la hipoteca que figura en la escritura sino otro conocido como “hipoteca montaña” que es mucho más caro (hasta un 20% más) para los deudores.

El propio Antonio Moreno ha explicado claramente el perjuicio que eso significa para la persona concreta cuyo caso ha estudiado: pasar de la amortización de hipoteca montaña que le aplican indebidamente al que consta en el contrato le supone un ahorro de 21.585 euros (hasta el momento) mientras que de haber seguido en el primero le hubiera costado 60.000 euros adicionales que hubieran ido al bolsillo del banco.

Moreno sospecha con razón que debe haber miles de casos como el que él ha estudiado pero lo sorprendente es que el Banco de España ni lo haya detectado ni haga nada para evitar el auténtico robo que esa actuación de la banca supone. Como dice el ingeniero, es prácticamente imposible que una persona normal y corriente, sin buenos conocimientos de matemáticas financieras, se pueda dar cuenta del cambio, de modo que debería ser el Banco de España, pues para eso le pagamos entre todos buenos sueldos y privilegios a sus empleados, quien supervisara con eficacia para evitar los engaños. Pero a la vista está que tampoco en este campo parece que su voluntad sea ponerse del lado de los españoles de a pie sino encubrir a los bancos.

¿Se trata de incompetencia? La verdad es que cuesta trabajo creerlo. Es cierto que los métodos de selección del Banco de España priman la asunción de la ideología económica neoliberal y que solo como un milagro podría encontrarse un economista crítico en su plantilla y que eso supone un velo que ciega a la hora de tomar decisiones. Pero no puede ser solo una cuestión de ideología. Allí están los mejores, los más preparados... ¿Cómo fallan tanto, sobre todo a la hora de descubrir los abusos de la banca?

Me temo que la explicación no puede ser otra que la corrupción dominante en nuestra primera autoridad bancaria. Seguramente, no se trata de una corrupción directa pero sí de una complicidad evidente de sus dirigentes con los corruptos, con quienes realizan habitualmente malas prácticas y financian a quienes los hacen. La corrupción no solo consiste en robar a pleno día sino también en dejar hacer a los corruptos y los bancos españoles lo son porque la dirección del Banco de España los ha dejado y los deja hacer prácticamente lo que les venga en gana, tal y como desgraciadamente se ha podido demostrar en los últimos años. La corrupción es, también, que quienes deben actuar como servidores del interés público den prioridad al privado, como demuestra que después de estar en el Banco de España tantos de sus directivos recalen en las entidades financieras a las que se supone han controlado previamente, en sus patronales o en los organismos internacionales que las protegen (el ex gobernador Jaime Caruana, al que sus inspectores denunciaron por pasividad y actitud complaciente ante los riesgos que acumulaba el sistema financiero español, es ahora director general del Banco Internacional de Pagos, la primera autoridad bancaria mundial).

Y es también corrupción que nadie se preocupe de estas cosas, que ante denuncias como las de Antonio Moreno no haya jueces y fiscales que actúen ni gobiernos que pidan cuentas.

Luego se extrañan de que la gente se indigne.

Mi opinión sobre Cataluña

Septiembre de 2016

Mi opinión sobre todo lo que está pasando en Cataluña se podría resumir en unas cuantas preguntas bastante simples (aunque quizá esa simplicidad sea todo lo contrario de lo que requiere algo que es de por sí complejo):

a) Si el 100% de los catalanes deseara independizarse de España ¿nos podríamos negar el resto de españoles a que se independizaran?

b) Si el 99% de los catalanes no quisiera independizarse de España ¿tendría derecho el 1% a declarar unilateralmente la independencia de España?

c) Parece evidente que no estamos en esos dos extremos. Pero si parece evidente que un buen número de catalanes desea independizarse de España, que otro buen número no quiere y desea que todo siga igual, y que otra buena parte de los catalanes desean modificar el tipo de relación que tienen con el resto de los españoles ¿no es lo lógico que se negociara una consulta para que los propios catalanes y los españoles en conjunto pudiéramos saber con cierta y democrática exactitud qué desean, y así poder actuar después en consecuencia, no solo los catalanes sino el resto de los españoles?

d) ¿No se dan cuenta los dirigentes políticos que se niegan a que se revele la preferencia real de los catalanes que lo único que consiguen es que aparezca como netamente mayoritaria la posición independentista que en realidad no es tan claramente mayoritaria?

e) Si no estoy mal informado, en 2003, el porcentaje de catalanes que defendían la independencia era del 30% (y en las primeras encuestas al respecto creo que no llegaban al 20%) mientras que ahora ya superan el 50%. ¿No se una evidencia que a medida que se impide que los catalanes revelen su verdadera preferencia lo único que se está consiguiendo es que se radicalice el proceso y que cada vez más catalanes se orienten hacia posiciones extremas o independentistas que antes no defendían?

El pasado mañana de Estados Unidos

Publicado en Ctxt.es el 7 de noviembre de 2016

Siempre que hay elecciones en Estados Unidos se genera interés e incertidumbre sobre el futuro de ese país y el de todo el planeta. Y es normal porque, por grande y decisiva que sea la influencia de los poderes fácticos, que lo es, un presidente de Estados Unidos tiene mucha influencia y capacidad suficiente para hacer que las cosas sean de una u otra manera.

Pero si eso ha sido siempre así, mucho más lo es ahora, cuando el voto se dirime entre lo que casi todo el mundo considera un mal menor (vista la trayectoria de Hillary Clinton como Secretaria de Estado, las grabaciones que se han conocido de sus opiniones, y los apoyos que ha recibido en su campaña) y una especie de mal absoluto en la figura del derechista Donald Trump.

En esta situación, es lógico que muchas personas se preguntan qué ha pasado en Estados Unidos para que la sociedad haya alcanzado este tipo de polarización, para que un candidato socialista como Bernie Sanders haya puesto en jaque a todo el Partido Demócrata y para que medio mundo tiemble ante la posibilidad de que un extremista y bocazas como Trump pueda llegar a ser presidente de la primera potencia mundial.

Desde luego no son pocos los factores que hay que tener en cuenta para poder entender algo de lo que allí está pasando. Entre ellos, el extraordinario y casi gigantesco incremento de la desigualdad que se ha producido desde los años setenta del siglo pasado y que se ha exacerbado durante los años de la Gran Recesión: el 1% de las familias más ricas se ha quedado con el 52% del nuevo ingreso generado en el periodo 1993-2015, pero entre 2009 y 2012 se quedó con el 91%, según los datos oficiales analizados por Emmanuel Saez (*Striking it Richer: The Evolution of Top Incomes in the United States (Updated with 2015 preliminary estimates)*). Y una de las consecuencias de esa impresionante concentración de la riqueza no es solo la pobreza (11,3% de las familias) sino que en seis de cada diez familias pobres haya uno o más miembros trabajando. Hay casi planeo empleo (al menos estadísticamente) pero el trabajo asegura cada vez en menor medida un ingreso suficiente y un futuro digno.

La desigualdad que se ha venido generando explica sin duda lo que ha pasado años atrás y lo que está ocurriendo hoy día en Estados Unidos pero seguramente no sea todo lo que haya que tener en cuenta. Por eso quiero referirme ahora a otros datos que me parece que sirven no solo para explicar el presente, y más concretamente lo que se pueda votar el 8 de noviembre, sino lo que puede ocurrir un poco más adelante, en el pasado mañana.

Me refiero a los resultados de un estudio realizado por la consultora Ernst & Young sobre la generación del milenio, es decir, la que nació a partir de 1980 y ha crecido bajo la estela de las políticas neoliberales (*The Millennial Economy*). Me limitaré a transcribir algunos de los resultados más interesantes porque creo que hablan por sí solos y no precisan de más comentarios.

– El 74% está preocupado por no tener dinero suficiente para pagar el cuidado médico si enferman.

– El 79% está preocupado por no tener dinero suficiente para vivir cuando se jubilen.

– El 52% tiene o va a tener deuda de préstamos estudiantiles y el 59% teme no poder pagarla.

– El 63% tendría dificultades para hacer frente a un gasto inesperado de 500 dólares.

– El 30% no recibe ingresos suficientes para hacer frente a sus gastos y solo el 30% ahorra un poco (24%) o bastante (6%). El resto ingresa lo justo para pagar los gastos.

– Solo el 36% de los hombres blancos y el 27% de las mujeres blancas cree que su nivel de vida será mejor que el de sus padres. Sin embargo, eso lo creen el 52% de los hispanos varones y el 54% mujeres de raza negra.

– El 62% ha considerado iniciar su propio negocio aunque sólo el 22% cree que el espíritu empresarial es la mejor manera de avanzar en su carrera.

– El 42% afirma no poder iniciar un negocio porque no dispone de medios llevarlo a cabo (53 por ciento para las mujeres negras y el 59 por ciento de las mujeres hispanas).

– El 59% cree que el gobierno hace que sea difícil que las personas tengan éxito iniciando su propio negocio.

– El 51% cree que la clase media paga demasiado en impuestos y el 70% que los ricos pagan muy poco en impuestos.

– El 84% está orgullosos de ser estadounidense (91% en el caso de los hispanos).

– El 57% de los hombres y el 68% las mujeres creen que las cosas no van en dirección correcta en Estados Unidos.

– El porcentaje de jóvenes de la generación del milenio que tiene mucha o bastante confianza en las instituciones es el siguiente: corporaciones (Corporate America): 20%; gobernadores: 21%; medios de comunicación: 21%; gobierno federal: 22%; religiones: 25%; Alcaldes: 26%; Sistema judicial: 27%; bancos: 29%; sindicatos: 31%; Universidades y Colleges: 51%; ejército: 55%.

Hasta aquí los datos que me han parecido más relevantes. Las dos preguntas que me sugieren creo que son obvias: ¿Realmente es raro que el voto se polarice cuando la generación que se supone debe empujar a la sociedad vive así el presente y tiene esa visión de su futuro?; ¿puede ser estable y sostenible una nación que pretende liderar el mundo con una generación tan temerosa de su futuro y que tiene tan pocos asideros en el presente?

Terapia contra la corrupción

Intervención en la Jornada Terapia sobre la corrupción publicada en el libro con el mismo título editado por Grup Set

Buenas tardes. Voy a resumir mis ideas sobre este asunto en cuatro grandes puntos o ideas-fuerza, que creo que son las que hay que tener en cuenta a la hora de aplicar una terapia a la corrupción que pueda ser eficaz.

En primer lugar, saber qué es la corrupción y qué hemos de combatir. Es preciso conocer con precisión el mal que se combate y determinar claramente su naturaleza y sus causas. En relación con la corrupción es necesario ser conscientes de que se trata de una patología compleja; que no se da sólo en una parte de la sociedad, que requiere interacción de actores, de sujetos, y que es, como diríamos los economistas un auténtico proceso de intercambio. Por supuesto no se da sólo en el sector público, y no es exclusiva, como suele creerse a veces, de los políticos. No es tampoco el resultado de un mero cálculo hedonista, como podría desprenderse de cierto análisis económico convencional, ni es, como dice Seumas Miller, un simple asunto legal, de cumplimiento o incumplimiento de la norma, sino más bien una cuestión de moralidad, con todo lo que esto significa.

Conviene además distinguir entre las diferentes formas en que puede presentarse, por ejemplo, entre actos de corrupción y estado de corrupción, o corrupción sistémica. Y también entre gran corrupción, captura del Estado, corrupción burocrática, legislativa, etcétera.

Cada una de ellas supone una patología diferente y cada responde a terapias que pueden ser completamente ineficaces en el caso de otras.

La mayoría de los informes coinciden en señalar, hasta donde yo llego, que la corrupción en España no es sistemática ni sistémica, y que tiene carácter político, porque se relaciona principalmente con la financiación de los partidos y con la gestión del gasto público, según se cree, principalmente en los ayuntamientos o autonomías. Y es también institucional, porque para llevarse a cabo se precisa saltarse normas o controles que no sólo tienen que ver con un determinado cargo o empleo público.

La segunda idea es que hay que analizar en todo momento cómo nos afecta la corrupción y a qué amenazas estamos expuestos. Para ello es necesario contar con un análisis cualitativo y cuantitativo continuado y sistemático. Un control que en el caso español desgraciadamente puede decirse que no se ha llevado a cabo, quizás con la única excepción de la corrupción urbanística. Nos falta un análisis mínimamente riguroso sobre la corrupción, lo que influye en que se suela hablar de ésta de oídas, a base de generalizaciones sobre el comportamiento de los políticos, y casi siempre olvidando el papel que desempeñan algunos vectores fundamentales que la desencadenan.

En tercer lugar, es necesario conocer las causas del mal que combatimos. Y los estudios empíricos que se han realizado ya en numerosas ocasiones a nivel internacional, en muchos países, señalan algunas evidencias que nos permiten conocer cuáles son las causas más importantes de la corrupción. Las enumero muy rápidamente: primero, la existencia de un ecosistema apropiado; la corrupción no es planta que crezca en cualquier lugar. Segundo, la falta de democracia y los déficit democráticos que suelen manifestarse en escasa participación social, en opacidad y en alta concentración del poder. Como sabemos, también la corrupción aparece en mayor medida en países con menos tradición democrática y donde es mayor la llamada 'distancia al poder', un indicador que mide el grado en que se acepta que quien tiene el poder disfrute de privilegios especiales. Por cierto, un indicador muy alto en España. Tercero, la existencia de varias administraciones cuando suministran servicios

complementarios. Algunos estudios en España apuntan a que la Administración local es el principal foco de corrupción punible, pero curiosamente el nivel autonómico -al que también se cree vinculado a aspectos de corrupción- es el que menos condenas registra por estos delitos.

Otra de las causas de corrupción son los incentivos o facilidades dadas al comportamiento rentista, que obtiene ganancias sin generar actividad productiva o beneficio social, algo que suele estar vinculado al predominio de actividades especulativas o al monopolio de recursos o decisiones valiosas en poder de administraciones opacas o deficientes. También, el escaso desarrollo, la falta de profesionalidad de los empleados públicos, sus bajos salarios y la ausencia de control a las actividades normales de la Administración Pública, y en particular el mal o ineficiente funcionamiento de la Administración de Justicia.

En España, por ejemplo, se ha detectado abundantemente que los delitos de corrupción se dan mayoritariamente en ámbitos donde hay procedimientos y controles administrativos preventivos que deben desactivarse para poder cometer el delito.

También son especialmente proclives a la aparición de la corrupción los escenarios de cambios, de transformación económica y la amplitud de la economía informal, y la menor participación en la vida económica y política de las mujeres porque es otra evidencia empírica que ellas son menos dadas a participar en actos de soborno o engaño que los hombres.

Y también se sitúa entre las causas el predominio de religiones con mayor estructura jerárquica, como la católica o la musulmana; la existencia de medios de comunicación de propiedad o condicionados por poderes políticos y económicos; y la desconfianza, la llamada 'moral de fronteras', que modifica los límites normativos favoreciendo cada vez más una mayor permisividad social, normalmente recurriendo a expresiones simplistas y sin fundamento pero psicológicamente muy efectivas.

Y finalmente, la cuarta es que hay que disponer de la terapia adecuada y desear aplicarla.

Pues bien, a la vista de lo que acabo de señalar creo que se podrían apuntar algunas recomendaciones claves a manera de conclusión.

- Analizar constantemente el estado de la corrupción e identificar los riesgos de que se produzca para establecer, como prescribe por ejemplo la Guía Técnica de la Convención de Naciones Unidas contra la Corrupción, las tendencias, las causas, los tipos, la gravedad o los efectos de la corrupción que permitan elaborar estrategias preventivas.

- Fortalecer la disciplina normativa y el control institucional interno y externo sobre las actividades con mayor riesgo de generar prácticas corruptas, por ejemplo, con el impulso de las medidas cautelares en sede judicial o el refuerzo de la intervención de funcionarios con habilitación de carácter nacional.

- Asumir enfoques sistémicos en la lucha contra la corrupción, promover la máxima transparencia y el control más estricto de las decisiones públicas, implantando por ejemplo sistemas de decisión colegiada o el interesante doble control que existe en Finlandia desde el siglo XVII.

- Reforzar el marco institucional, dedicando recursos a la detección, y asegurando que el sistema judicial tenga auténtica y efectiva independencia.

- Limitar al máximo las estructuras más jerárquicas, disminuir la desigualdad y limitar la concentración del poder.

- Promover y facilitar el pluralismo político y regular con total transparencia la financiación de partidos.

- Garantizar que existan medios de comunicación libres e independientes.

- Impulsar y fortalecer la educación en valores que impida considerar las prácticas corruptas, incluso en sus expresiones al por menor, como algo natural o inevitable.

- Promover la mayor participación posible de las mujeres en todos los niveles de decisión.

- Fomentar la laicidad, el respeto a los demás, a la diversidad.

- Y, sobre todo, promover la confianza interpersonal y en las instituciones, generando 'cultura de la confianza' que es la que permite estimular la creatividad, la sociabilidad, la tolerancia, el respeto mutuo y la participación que desinhibe para emprender y crear riqueza. Y también es la que reduce los costes de transacción vinculados al establecimiento de controles que no solamente suponen un derroche de recursos económicos sino también, y seguramente lo más importante, de energía social.

Si para terminar tuviera que resumir todas estas recomendaciones en una sola idea diría que hay que evitar que la sociedad, que todos y cada uno de nosotros, se acostumbre a lo que día a día se ve como normal porque como dijo Edmund Burke 'es la costumbre la que nos reconcilia con todas las cosas', incluso con aquellas que son tan peligrosas y tan indeseables como la corrupción

Los mitos económicos que impiden a los gobiernos gobernar

Publicado en Exodo nº 136, diciembre de 2016

Decir que desde hace años los gobiernos apenas tienen capacidad de maniobra para poder tomar decisiones en asuntos económicos es hoy día una obviedad. Tenemos a nuestro alrededor multitud de casos que lo demuestran y ya casi ni se disimula: la razón de mayor peso que se utiliza para justificar lo que se hace en materia de política económica es precisamente que los gobiernos deben someterse a “las leyes” de los mercados, a lo que establecen los organismos internacionales o a ciertos imperativos que no siempre se es capaz de explicitar pero que todo el mundo ha terminado por saber que son los determinantes a la hora de tomar decisiones.

Los procesos históricos que han dado lugar a este hecho son muchos y tienen que ver con la extensión del neoliberalismo como una respuesta tan compleja como eficiente a la gran crisis estructural del capitalismo que se desencadenó a lo largo de los años sesenta y setenta del pasado siglo.

El neoliberalismo ha sido una respuesta compleja, yo diría que muy compleja, porque hizo frente al mismo tiempo a problemas muy diversos y de forma entrelazada que tenían que ver con una crisis triple:

– de producción, derivada de la saturación de los mercados que había hundido la tasa de beneficios del capital.

– del modo de regulación, que ya no podía seguir basándose en el reparto de las cargas, en los altos salarios y en la abundancia de bienes públicos financiados con políticas fiscales que se utilizaban como instrumento de estabilización. Sencillamente, porque los grupos sociales de rentas más elevadas se negaban a seguir financiando con sus impuestos el bienestar ajeno y reclamaban para sí más renta y más poder de decisión.

– de legitimación, producida cuando el paro y la pobreza rompían el consenso fordista.

Al abordar esos tres frentes de modo conjunto (entrelazado, como diría Morin, es decir, complejo) el neoliberalismo se convirtió no solo en la respuesta de política económica que se necesitaba, proporcionando un nuevo marco productivo de la mano de una extraordinaria revolución tecnológica que globalizó los mercados y una nueva regulación macroeconómica. Fue en realidad mucho más: una solución civilizatoria porque lo anterior solo fue posible al ir unido a un cambio en los valores e incentivos sociales y en la percepción que de sí mismos tenían los seres humanos. La ruptura de los lazos de socialización, la segmentación, el individualismo y la atomización de la vida social crearon otro mundo y otro tipo de seres sociales (casi me atrevería a decir que asociales), y una diferente civilización concebida exclusivamente con el fin de facilitar la recuperación de la tasa de beneficio.

Con esa triple respuesta, el neoliberalismo ha propiciado un entorno de libertad para el capital que ha permitido que las democracias representativas que habíamos conocido dejaran de ser una restricción, en tanto, que instituciones de contrapeso y freno mutuo, a la hora del reparto. Algo que ha sido posible, a su vez, como consecuencia de varios fenómenos que igualmente constituyen el entramado esencial de las políticas neoliberales:

– La consolidación de un poder monetario privado, al margen efectivo del debate político, que condiciona y encuadra al resto de las políticas económicas. La libertad de movimientos del capital, la independencia de los bancos centrales y el fortalecimiento de la capacidad de maniobra de los fondos y entidades financieras han sido los factores que principalmente han contribuido

a este fenómeno contemporáneo que hace que, en la práctica, los gobiernos tengan completamente atadas las manos frente a los mercados, que no son otros que los grandes propietarios de capital, que se consideran a sí mismos los amos del mundo.

– El incremento voluntariamente planificado de la desigualdad, del desempleo y el empleo precario y de la deuda a través de políticas deflacionistas, es decir, las que (con la excusa de combatir la inflación) suponen un freno permanente para la generación de actividad económica provocando artificialmente escasez de ingreso y empleo. Con menos empleo y menos demanda (por ser tan bajos los salarios) los grandes empresarios obtienen menos beneficios (puesto que les sería económicamente más rentable el pleno empleo) pero gracias a la sumisión y a la debilidad que esas condiciones laborales generan en las masas trabajadoras, pueden disponer de más poder político que a la postre es lo que les asegura su dominio sobre el conjunto de la sociedad.

– El inevitable crecimiento de la desigualdad como resultado de la pérdida de impulso redistributivo de las políticas gubernamentales o incluso de su reorientación para favorecer a los grupos sociales ya de por sí más favorecidos.

– El aumento de la deuda (el negocio diario de la banca) como una auténtica nueva forma de esclavitud.

– La complicidad cada vez mayor entre el poder económico-financiero y el mediático que el impulso de las concentraciones de capital está llevando hasta extremos realmente insospechados: uno o dos grupos empresariales, o uno, o incluso simplemente alguna persona aislada, controlan la totalidad de la oferta de medios (sobre todo audiovisuales) en muchos países, uniformando la opinión pública e imponiendo el pensamiento único que domina las decisiones económicas.

Todo ello, unido a un entramado y medio ambiente institucional en donde prácticamente ha desaparecido la posibilidad de que la gente corriente pueda pedir cuenta a quienes en su nombre operan en las instituciones públicas, está produciendo un auténtico “desmantelamiento” de la democracia, en palabras de Habermas. Unica forma de que se puedan seguir aplicando las políticas que convienen a los grandes grupos económicos y muy en especial a la banca pero que no desean las mayorías sociales (como demuestran claramente todo tipo de encuestas), autoalimentándose así constantemente los procesos que permiten aumentar el beneficio y la concentración del poder.

Pero todo eso no hubiera sido posible si no se hubiera desarrollado e impuesto al mismo tiempo un discurso teórico que diera carácter científico y por tanto indiscutible a las políticas económicas con las que se han ido poniendo en marcha tales procesos y consiguiendo el objetivo principal de aumentar el beneficio del capital. Un discurso que ha calado tan hondo que hasta es defendido en amplios sectores del centro-izquierda.

El credo macroeconómico neoliberal

El principio teórico central de la economía neoliberal es doble. Por un lado, que los gobiernos democráticos y los bancos centrales con preferencias representativas (es decir, reflejo democrático de las mayorías sociales) tienden a generar ineficiencia y altas tasas de inflación y, por otro, que la política fiscal genera distorsiones a largo plazo sobre la acumulación y la distribución, por lo que debe reemplazarse por la política monetaria a la hora de manejar la demanda agregada. Y de ambos principios se deduce, por tanto, que los mecanismos o instrumentos que se venían utilizando para corregir los desequilibrios macroeconómicos, las intervenciones fiscales o monetarias, son rechazables y que su uso está prácticamente erradicado o limitado a condiciones y

circunstancias extraordinarias o excepcionales y, en alguna de sus manifestaciones, incluso ni a estas últimas.

Para poder llegar a esa conclusión era necesario, a su vez, invertir el modo de analizar los problemas macroeconómicos al menos en tres cuestiones esenciales:

– Contemplar los fenómenos económicos como de naturaleza individual y no como comportamientos agregados.

– Considerar los problemas que expresan elecciones discrecionales de los gobiernos o de otros grupos sociales como problemas que se reducen al comportamiento del llamado “agente representativo”, aquel cuyas elecciones tienen la propiedad de representar los intereses de toda la sociedad.

– Trasladar los automatismos de mercado al ámbito del comportamiento de los gobiernos.

De ahí se deducían importantes consecuencias prácticas: ya no resultaba necesario que los gobiernos tuviesen que incidir sobre los desequilibrios macroeconómicos y solo los bancos centrales (en el estrecho marco de los objetivos que le sean asignados como autoridad independiente del gobierno) tendrían capacidad para manejar los resortes que pudieran mover de su sitio a las economías.

Como por arte de magia, desaparecían tanto los agregados sociales en conflicto como la política macroeconómica como tal, es decir, la intervención discrecional de los gobiernos o, lo que es lo mismo, su actuación a partir de las diferentes preferencias reveladas en la sociedad. Así es como la economía deja de necesitar a la política o a cualquier exigencia de criterio democrático y representativo que se supone que debe darse cuando se trata de resolver problemas sociales, de agregados con intereses diferentes.

La consideración tradicional de los problemas económicos más relevantes para las naciones había partido de entender que había que alcanzar un cierto equilibrio macroeconómico para poder resolverlos y que éste se definía en relación con varios objetivos vinculados al nivel de actividad, a los precios y a la distribución que podían alcanzarse a través de una adecuada combinación de política fiscal y monetaria. El soporte teórico de esta consideración había partido del modelo keynesiano que fue remozándose a lo largo del tiempo (incluso desde los planteamientos más heterodoxos o críticos) para poder integrar en él el largo plazo, las imperfecciones más complejas de los mercados, la incertidumbre y otras circunstancias que inicialmente no habían sido tenidas en cuenta a la hora de fundamentar teóricamente la política macroeconómica de los gobiernos.

Pero justo a medida que iba larvándose la crisis que haría necesaria la respuesta política neoliberal se desarrollaba con semejante ímpetu la crítica a los postulados que daban soporte teórico a la política macroeconómica y redistributiva y estabilizadora y no solo por pacíficos cauces académicos sino de la mano de una efectiva represión de las voces más críticas en la inmensa mayoría de los centros y revistas económicas de mayor prestigio.

Los monetaristas, con todo el apoyo político y mediático del *stablismnet* y encabezados por Milton Friedman, comenzaron a poner las primeras objeciones. Por un lado, trataban de demostrar que la política presupuestaria generaba lo que llamaban un efecto expulsión de la inversión privada y que, por tanto, lo que conseguía no era sino neutralizar su posible efecto expansivo. Y, por otro, ponía en cuestión la efectividad de la política presupuestaria como motor la actividad y de la estabilidad a partir de tres ideas principales:

– Siempre iba a existir, decían, lo que llamarían una tasa natural de paro, es decir, un nivel de paro mínimo por debajo del cual todo intento de reducción iba a provocar subida de precios. Se trataba del sofisticado argumento teórico

que algunos políticos y dirigentes traducirían en un lenguaje más coloquial en los años en que se aplicaban más contundentemente estas ideas monetaristas diciendo que “no era bueno” que el paro bajase por debajo de ese determinado nivel, cuya determinación animaban a calcular por doquier.

– Los asalariados estaban sometidos a lo que se llamaba ilusión monetaria, es decir, que no serían capaces de discernir entre salarios reales y nominales y que cuando se produjera subida de precios creerían que en realidad había mejorado su poder adquisitivo.

– El valor de cualquier variable dependía de su valor pasado y los agentes económicos siempre serían capaces de disfrutar de expectativas anticipativas, de modo que podrían corregir sus propios errores.

Dándose estas tres circunstancias, si en la economía se daba una tasa natural de paro con cierta inflación el efecto de una expansión presupuestaria adoptada con el fin de mitigar el desempleo tendría efectos contrarios a los deseados. Al principio se produciría una efectiva reducción del paro porque bajarían los salarios reales al haber alza de precios, sin que la ilusión monetaria dominante lo percibiera. Pero, más tarde, los asalariados corregirían esa ilusión y se irían provocando demandas salariales reales que provocarían la disminución de la demanda de trabajo, dándose lugar a una situación en la que habría más paro y precios más elevados que antes de darse el impulso fiscal expansivo.

Más tarde, los llamados nuevos economistas clásicos pusieron en cuestión incluso el inicial efecto expansivo de la política fiscal a corto plazo porque, en su opinión, los agentes no sólo actúan con expectativas adaptativas sino que anticipan racionalmente los fenómenos económicos gracias a que disponen de perfecta información sobre lo que ocurre en el sistema económico y ello les permite saber perfectamente los efectos de las intervenciones del gobierno. Puesto que entonces no habría ilusión monetaria, el incremento de los salarios reales que paraliza el efecto positivo de una expansión fiscal sobre el empleo se produciría desde el principio, también a corto plazo.

Incluso Robert Barro planteó que cualquier déficit presupuestario ni siquiera tendría efecto alguno sobre el sistema económico porque los agentes sabrán que en el futuro se establecerían impuestos para financiarlo y, llevados por su conducta racional, ahorrarían desde el principio el incremento de renta que pudiera haber producido el impulso fiscal para pagarlo en su momento.

Entonces, si ni siquiera los déficit presupuestarios que son las actuaciones fiscales con supuesta mayor capacidad para impulsar la actividad tienen efectos reales sobre el consumo, y no generan el efecto multiplicador de la renta con el que se justificaba la necesidad de utilizar la política coyuntural para resolver los desequilibrios, lo que se deduce es que no hay razón alguna para utilizar esta forma de regulación. Hay que prescindir, pues, de un tipo de intervención pública que, sin embargo, sí es costosa debido al aparato administrativo que comporta, por los desincentivos a la asignación que puede provocar a través de los impuestos y a causa de los disturbios que cualquier intervención exógena provoca en los mercados.

El complemento indispensable a este planteamiento sería el de Robert Lucas cuando afirmó que, a diferencia de lo que ocurría con la política fiscal, sólo la política monetaria podría tener efectos sustantivos sobre la actividad si se basaba en reglas simples y de neutralidad, puesto que sólo entonces sería consistente con ellas el comportamiento de los agentes.

“Casualmente”, esa política monetaria (de tanto o más efecto distributivo como la fiscal) es manejada por los bancos centrales, instituciones a las que al mismo tiempo se les declaraba independientes (de la voluntad

ciudadana que no de los grupos de presión) para que no tuviera que someterse a ningún tipo de nociva restricción democrática.

De todo ello se deducían una serie de auténticos mitos que a fuerza de repetirse se han convertido en los mantras que permiten aplicar las políticas económicas neoliberales en medio de un gran consenso: hay que bajar salarios y flexibilizar los mercados laborales para crear empleo o para ser más competitivos, las empresas privatizadas funcionan mejor que las públicas, las políticas fiscales no aumentan la renta nacional cuando se aplican, el gasto público expulsa a la inversión privada y disminuye el ahorro, el Estado de bienestar es insostenible, la deuda pública y la privada en general es la consecuencia de que los hogares se endeuda más de lo necesario, los mercados financieros resuelven por sí solos sus problemas y lo mejor es que no se sometan a ningún tipo de reglas o controles gubernamentales... La mayoría de ellos, como lo fue en su día todo el discurso teórico de la competencia perfecta, no pasan de ser formulaciones retóricas de gran apariencia formal pero irreales o, al menos, sin validación suficiente en la práctica de las economías. Mitos que nunca han podido ser confirmados empíricamente con suficiente rigor o que, incluso a pesar de haber sido empíricamente refutadas en algunos casos, se siguen manteniendo como verdades absolutas en la academia y en la práctica política de los gobiernos, los organismos internacionales o los bancos centrales porque, como ha reconocido un economista tan ortodoxo como Lawrence H. Summers, los economistas son muy reacios a la hora de adaptar sus opiniones a la realidad de los hechos: “invito al lector ... a que identifique una hipótesis significativa acerca del comportamiento económico que haya caído en descrédito debido a una prueba estadística formal”.

Durante mucho mucho tiempo estas ideas han servido de guía indiscutida para aplicar sin apenas limitaciones la política neoliberal pero los hechos han terminado por ser demasiado tozudos. La globalización no ha resultado tan beneficiosa para todos como se decía; los mercados financieros sin control son la fuente de toda clase de desmanes y crisis; el euro no protege por igual a sus socios sino que aumenta las asimetrías y desigualdades; menos salarios no equivalen a más empleos; salvar solo a la banca no garantiza que toda la economía vaya mejor, la austeridad neoliberal no disminuye la deuda... y las democracias de cada vez menos intensidad no solo dan más libertad a los grupos poderosos sino que facilitan la corrupción de quienes defienden sus intereses en las instituciones... todo lo cual siembra una desconfianza generalizada en los discursos y en las instituciones que amenaza de nuevo con poner en cuestión el orden establecido.

Los mitos neoliberales fueron útiles para llevar a la sociedad al “nuevo medievalismo” del que habló Hedley Bull y que implica la renuncia efectiva al Estado no sólo como espacio político sino como ámbito en el que se suscribe colectivamente una moral social, las lógicas elementales que merecen ser compartidas, la ética de mínimos sin la que cualquier sociedad termina por convertirse en una selva donde es imposible vivir en armonía, con bienestar y en paz. Han servido para justificar que los gobiernos no gobiernen dejando así que lo hagan tras las bambalinas los grandes grupos de poder.

Pero se trata de un discurso y de un proyecto civilizatorio que está saltando por los aires. Los cambios aparentemente sorprendidos que estamos viviendo últimamente no son sino la prueba de que el capitalismo de nuestros días no se justifica ya con la retórica neoliberal de los años pasados. Necesita un discurso diferente y lo lamentable es que, en ausencia de alternativas reales y sin un imaginario colectivo que sitúe la esperanza social en otro espacio diferente, lo que se está abriendo paso es un relato oscuro y terrible cuyas consecuencias son bien conocidas, sobre todo, en Europa, la misma Europa que parece no inmutarse cuando despiertan los mismos demonios de antaño.